

## Estudio Introductorio

# Actualidad del ¿Qué hacer?

**Atilio A. Boron**

### **[Nota introductoria de la Cátedra de Formación Política Ernesto Che Guevara]**

El siguiente texto constituye el estudio introductorio completo con que Atilio Borón acaba de presentar la nueva edición argentina del *¿Qué hacer? Problemas candentes de nuestro movimiento* de Lenin.

Volver a leer y discutir a Lenin hoy, en los primeros pasos del siglo XXI, constituye una verdadera herejía. Derrumbadas ya las tristes cátedras que lo momificaron (congelando no sólo su cuerpo sino también su pensamiento) y después de un cuarto de siglo de hegemonía neoliberal, la herencia quemante de Lenin sigue desafiando la mansedumbre y la pereza de aquellos que se conforman con reclamar, tímidamente, un “capitalismo con rostro humano”.

Desde la Cátedra Che Guevara hemos insistido una y otra vez en la necesidad de recuperar, con beneficio de inventario, lo mejor de la herencia radical del pensamiento marxista mundial. No para hacer museos, panteones ni arqueología de documentos viejos, sino para pensar los desafíos de nuestro presente y nuestro futuro. Nada mejor, entonces, que adentrarnos en la obra de ese revolucionario maldito, escupido y vilipendiado al unísono por los poderosos de la tierra.

El nombre de Lenin, todavía hoy, ha resistido las más inteligentes y sutiles cooptaciones. Si los poderosos pretendieron construir un Antonio Gramsci edulcorado y adorador del Parlamento burgués; si quisieron dibujar un León Trotsky simpático e inofensivo, caricaturizado como un exótico disidente; si trataron de ridiculizar a Walter Benjamin transformándolo en un ingenuo y académico crítico literario; si intentaron convertir al Che en un poster de mercado y un afiche pop; si se esforzaron por diluir la pasión y el pensamiento anticapitalista de Rosa Luxemburg disfrazándola con los vestidos deshilachados de una inocente socialdemócrata; con Lenin no pudieron. Para el sistema de explotación y dominación sigue siendo un hueso duro de roer.

Volver entonces a repensar sus preguntas, sus interrogantes, sus inquietudes, constituye una tarea impostergable. No sólo para aquellos y aquellas que se sienten parte de la tradición marxista radical. También para aquellos y aquellas que durante demasiado tiempo lo han rechazado como un vulgar cultor del “aparatismo”, del “estatismo”, del “autoritarismo” y del aplastamiento de la autonomía de los movimientos sociales. También en esos segmentos de la izquierda hace falta una nueva lectura de Lenin, para poder evitar cualquier tentación de superficialidad y de condena a priori de aquello que no se conoce en detalle ni se ha leído a fondo.

La Cátedra Che Guevara propicia la necesidad del estudio de Lenin en primer lugar, porque el Che se sentía un gran admirador, un discípulo y un continuador suyo desde la izquierda revolucionaria latinoamericana y tercermundista (Guevara siempre le repetía a sus compañeros de militancia que “hay que leer hasta el último papelito que escribió Lenin”). Pero, en segundo lugar, y esto es lo más importante más allá de las opiniones del propio Ernesto Guevara, hoy Lenin nos hace mucha falta.

Por todo esto, incorporamos como material de estudio el presente ensayo de Atilio Borón quien, como se descubrirá al leerlo, no hace una apología hagiográfica de Lenin sino que intenta comprenderlo e interrogarlo desde los problemas contemporáneos.

La Cátedra Che Guevara agradece sinceramente la amabilidad y la generosidad de *Ediciones Luxemburg*, Colección Batalla de ideas [Tandil 3564, departamento E, C1407HHF, Buenos Aires, Argentina, [edicionesluxemburg@ciudad.com.ar](mailto:edicionesluxemburg@ciudad.com.ar)]. Cabe aclarar que la edición impresa del *¿Qué hacer?* de *Ediciones Luxemburg* incorpora al final un imprescindible y riguroso índice analítico de los textos de Lenin, muy útil para estudiar sus categorías y rastrear sus análisis. En la colección Batalla de Ideas aparecerán próximamente otros textos clásicos del pensamiento marxista, siempre acompañados de índices analíticos para facilitar la lectura y estudio colectivo. [Fin de nota introductoria de Cátedra Che Guevara].

---

## Estudio Introductorio

### Actualidad del *¿Qué hacer?*

Debemos celebrar la decisión de la casa editorial Luxemburg de re-editar un texto de la excepcional importancia, teórica y práctica, del *¿Qué hacer?* de Lenin. Es evidente que se trata de una iniciativa a la vez oportuna y desafiante. Según Marcel Liebman –autor de un notable estudio sobre el pensamiento político de Lenin que, a treinta años de su publicación original en lengua francesa, continúa siendo una imprescindible referencia sobre la materia– quienes se interesen por estudiar a Lenin tropiezan “con la extrema pobreza de una bibliografía abundante pero generalmente muy estéril” (Liebman, 1978: 9). Una de las razones principales de esta desafortunada situación reside en la inerradicable politicidad de toda la obra de Lenin. Pronunciarse a su favor o en su contra no es una cuestión académica sino un acto de voluntad política. La consecuencia ha sido la constitución de una polaridad cuyos dos extremos son igualmente negativos a la hora de intentar comprender el significado del legado leninista: o bien su sacralización en la Unión Soviética, transformando “una teoría subversiva en un sistema apologético de un cierto orden establecido”; o bien su satanización en la literatura académica de Occidente (Liebman, 1978: 10-11). Se requiere, por lo tanto, restablecer el equilibrio histórico y político en torno a una obra como la que el lector tiene en sus manos, evitando extremos esterilizantes. La coyuntura política de América Latina a comienzos del siglo XXI reclama a gritos una relectura seria, crítica y creativa de la obra de Lenin.

No está de más observar que una propuesta de este tipo corre a contracorriente de los lugares comunes y los arraigados prejuicios que prevalecen en la izquierda latinoamericana en el momento actual. Sobresalen entre estos su irracional –y políticamente suicida– negación de toda una serie de problemas, centrales en nuestro tiempo, como las cuestiones relativas a la organización de las fuerzas populares, la laboriosa construcción de una cultura política y una conciencia genuinamente revolucionarias y los retos que plantea la conquista del poder en las sociedades contemporáneas. ¿Tiene el texto clásico de Lenin algo que decirnos ante todos estos problemas? La opinión de quien escribe estas líneas es que sí, que una relectura del *¿Qué hacer?* (en adelante, *QH*) puede aportar sugerentes iluminaciones que faciliten enfrentar estos desafíos en mejores condiciones. Entiéndase bien: con esto no queremos decir que en ese libro se encuentren las respuestas a las interrogantes que hoy nos atribulan, sino tan sólo que en su lectura hallaremos valiosos elementos para construir las soluciones prácticas que demanda la hora actual.

## El espejo latinoamericano

Leemos a Lenin desde América Latina, y la pertinencia de sus reflexiones se reafirma cuando se examinan algunos acontecimientos recientes de nuestra historia. En efecto, en estos últimos años la región se vio sacudida por una serie de grandes movilizaciones populares precipitadas por el fracaso del neoliberalismo, incapaz de cumplir con su promesa de hacer crecer la economía y distribuir sus frutos, y los efectos desquiciantes que el desenfreno de los mercados produce en nuestras sociedades. Hemos examinado este tema en otro lugar, de modo que no reiteraremos la argumentación en esta oportunidad (Boron, 2003). Basta con recordar que en estos últimos años la insurgencia popular puso fin a gobiernos neoliberales en Ecuador –en 1997 y en 2000; en Perú, acabando con la autocracia fujimorista (2000); en la Argentina, destronando al gobierno impopular, de dudosa legitimidad –por el ejercicio de su poder, no así por su origen– e ineficaz de la Alianza en diciembre de 2001; y, finalmente, en Bolivia, donde en octubre de 2003 las masas campesinas e indígenas desalojaron del poder a Gonzalo Sánchez de Losada. Sin embargo, estas gestas de los dominados fueron tan vigorosas como ineficaces. Las masas, lanzadas a la calle en un alarde de espontaneísmo e indiferentes ante las cuestiones de organización, no pudieron ni instaurar gobiernos de signo contrario al que desalojaron con sus luchas ni construir un sujeto político capaz de modificar en un sentido progresivo la correlación de fuerzas existentes en sus respectivas sociedades. De ahí que poco después de estas revueltas se produjera una restauración de las fuerzas políticas o bien claramente identificadas con el neoliberalismo –casos de Ecuador y Perú– o bien, como ocurre sobre todo en el caso argentino, que proclaman estentóreamente su repudio a dicha ideología pero sin que hasta el momento de escribir estas líneas hayan amagado implementar una política económica alternativa al neoliberalismo. El caso de Bolivia es más o menos similar al argentino. Situación diferente, pero de todos modos inscripta en el mismo campo de problemas, es la que se ha configurado en Brasil: un partido de izquierda, organizado sobre bases manifiestamente “anti-leninistas” –precisamente para superar algunas de las rémoras de la concepción clásica del partido revolucionario– llega al poder respaldado por cincuenta y dos millones de votos para arrojar por la borda sus promesas, su historia y su propia identidad y terminar erigiéndose en el campeón de la ortodoxia del Consenso de Washington, según el juicio de toda la prensa financiera internacional y los intelectuales orgánicos del capital financiero. Su capitulación se hizo patente desde el primer día, cuando el “superministro” de Hacienda Antonio Palocci, depositario del poder político real en el Brasil, pronunciara esta patética frase: “ahora vamos a cambiar la economía sin cambiar la política económica”. Lo ocurrido desde entonces en ese país nos exime de mayores comentarios.

¿Podríamos dar cuenta de esta sucesión de grandes frustraciones aludiendo a la “hipótesis leninista”, es decir, argumentando que estos se originan en el abandono de las tesis principales del QH? Decididamente no, porque hay muchos factores que convergen para explicar tan lamentable desenlace. Pero sin lugar a dudas algunos de ellos tienen que ver con el olvido de ciertas enseñanzas que el revolucionario ruso plasmara en aquella obra. Por eso mismo provoca fundada inquietud la ausencia de los temas de la conciencia y la organización en las discusiones latinoamericanas sobre la coyuntura. El supuesto es que el heroísmo de las masas y la notable abnegación con la que lucharon las exime de cualquier reflexión crítica. Puede parecer antipático o arrogante, pero ni el heroísmo ni la abnegación justifican la ausencia de un debate serio sobre este asunto. Suele decirse que hay una crisis en la llamada “forma partido”, y es correcto. Lo mismo podría decirse con relación a la “forma sindicato”, por múltiples razones. Pero lo que sorprende en la coyuntura actual no sólo de América Latina sino también mundial es que las fuerzas sociales que motorizan la resistencia al neoliberalismo parecen haberse conformado con proclamar la obsolescencia de aquellos formatos tradicionales de representación política desentendiéndose por completo de la necesidad de discutir el tema y buscar nuevas vías y modelos organizativos. En su lugar ha ganado espacio una suerte de romanticismo político consistente en exaltar la combatividad de los nuevos

sujetos contestatarios que sustituyen al moribundo proletariado clásico, elogiar la creatividad puesta de manifiesto en sus luchas y la originalidad de sus tácticas, y pregonar la caducidad de las concepciones teóricas preocupadas por las cuestiones del poder, el estado y los partidos. Las clases sociales se diluyen en los nebulosos contornos de la “multitud”; los problemas del estado desaparecen con el auge de la crítica al “estado-centrismo” o los reiterados anuncios del fin del estado-nación; y la cuestión crucial e impostergable del poder se desvanece ante las teorizaciones del “contra-poder” (Hardt y Negri: 2000) o la demonización a que este es sometido en las concepciones del “anti-poder” que brotan de la pluma de uno de los representantes intelectuales del Zapatismo como John Holloway (2002).

Esta carencia contrasta desfavorablemente con la intensidad y profundidad del debate que estallara en Europa hace poco más de un siglo en torno a estos mismos problemas, y del cual el *QH* es uno de sus más brillantes exponentes. La aquiescencia de las masas a la dominación del capital y su creciente rebeldía en algunos países –principalmente la Rusia Zarista– dio lugar a una de las controversias más extraordinarias en la historia del movimiento socialista internacional en donde personajes como Edouard Bernstein, Karl Kautsky, Rosa Luxemburgo, Vladimir I. Ulianov, más conocido como Lenin, y posteriormente Antón Pannekoek, Karl Korsch y Antonio Gramsci, hicieron contribuciones de gran importancia. En el caso que nos ocupa es preciso decir que Lenin sobresale entre todos por su preocupación sistemática en torno a los problemas organizativos. En palabras de Liebman,

“... la idea misma de *organización* ocupa en el leninismo un lugar esencial: *organización* del instrumento revolucionario, *organización* de la misma revolución, *organización* de la sociedad surgida de la revolución” (1978: 20, subrayado en el original).

Esta verdadera obsesión, explicable sin dudas por la fenomenal desorganización imperante en el campo popular bajo el zarismo, aparece ya con total claridad en la primera obra importante de Lenin, *¿Quiénes son los amigos del pueblo?*, escrito cuando apenas había cumplido veinticuatro años de edad. En ese pequeño libro, Lenin coloca el tema de la organización al tope de la agenda de la naciente socialdemocracia rusa. Poco después de haber publicado el *QH* escribiría que “el proletariado, en su lucha por el poder, no tiene más arma que la organización”, sentencia esta que es más verdadera hoy que ayer. De ahí el despiadado ataque de Lenin a lo que, como veremos más adelante, denominaba las “formas artesanales” de organización de los círculos socialdemócratas rusos. Citando fuentes testimoniales de la época, Liebman comenta que entre 1895 y 1902 el tiempo requerido por la policía política del zarismo para identificar a los miembros de un círculo socialdemócrata en Moscú, sorprenderlos en su lugar de reunión y proceder a su arresto y eventual deportación a Siberia, era de apenas tres meses. De hecho, en 1898 se funda en Minsk el Partido Obrero Socialdemócrata de Rusia (POSR), pero “el acontecimiento no tuvo ningún alcance práctico porque casi todos los delegados fueron detenidos poco después de la clausura del congreso” (Liebman, 1978: 22-25). Fuentes coincidentes señalan que poco después más de quinientos activistas socialdemócratas fueron apresados en toda Rusia, y el movimiento terminó completamente aplastado por la represión policial (Harding, 1977: 189). El énfasis tan fuerte puesto por Lenin sobre la constitución de una organización partidaria sólida, duradera, resistente a las razzias policiales, a las infiltraciones de los servicios de inteligencia del zarismo y a sus distintas operaciones, no obedece a un sesgo autoritario del autor del *QH*, como dice con supuesta inocencia la historiografía liberal, sino que era una respuesta absolutamente racional y apropiada dadas las condiciones particulares en que se desenvolvía la lucha de clases en la Rusia de los zares. Además, es conveniente recordar que la centralidad del problema de la organización era, en Lenin, por encima de cualquier otra clase de consideración, una cuestión política ligada estrechamente a su concepción de la estrategia revolucionaria. No se trataba, por lo tanto, de una opción meramente técnica sino profundamente política.

La importancia de la problemática organizativa en los comienzos del siglo XX europeo estimuló un debate cuyas voces, pese a la profundidad y continuada vigencia de sus argumentos, apenas si son audibles en nuestros días. Lo que parece caracterizar el momento actual de América Latina, con ligeras variantes según los países, es una incomprensible aversión a cualquier tentativa de revisar o discutir las frustraciones cosechadas en los últimos años, más aún si una tal iniciativa se propone teniendo como telón de fondo una nueva relectura de los clásicos del pensamiento socialista. Antes bien lo que predomina es una especie de hiper-activismo que se materializa en la exaltación de la acción por sí misma y, en todo caso, en la búsqueda obsesiva de nuevos enfoques, conceptos y categorías que permitan capturar las situaciones supuestamente inéditas que deben enfrentar las luchas emancipadoras en nuestro continente. El supuesto implícito de esta actitud –cuyo sesgo antiteórico es evidente– es que poco o nada puede aprenderse del debate que estallara hace poco más de un siglo en Europa. La intensa propaganda sobre la llamada “crisis del marxismo” hizo mella en las fuerzas populares y se expresa en el rechazo –visceral en algunos casos– o en la indiferencia más o menos generalizada ante toda tentativa de discutir la problemática de la organización, la estrategia política y la conquista del poder teniendo como referencias teóricas los elementos abordados en el clásico debate de comienzos del siglo XX europeo. En lugar de eso prosperan en la región, sobre todo en Argentina pero también en México y muchos otros países, reflexiones que plantean para la izquierda la inutilidad y, más que eso, la inconveniencia de conquistar el poder<sup>1</sup>.

La ausencia de esta discusión constituye una falta muy grave si se tiene en cuenta que en la coyuntura actual el escenario latinoamericano aporta una riqueza y variedad de experiencias populares realmente notables pero no por ello exentas de críticas. Fenómenos como el Movimiento de Trabajadores Sin Tierra del Brasil, el Zapatismo mexicano, las organizaciones indígenas y campesinas en Ecuador y Bolivia, los piqueteros en la Argentina, la formidable movilización del pueblo venezolano en el marco de la Revolución Bolivariana del Presidente Hugo Chávez y otras manifestaciones similares muy importantes en Centroamérica y el Caribe constituyen un laboratorio político muy importante y complejo que no sólo merece el apoyo militante de toda la izquierda, sino también que se le aporten los mejores esfuerzos de nuestro intelecto. Es necesario examinar todos los aspectos y facetas de la lucha de clases en la actual coyuntura y la relevancia que, para su adecuada comprensión y orientación, retienen las teorizaciones políticas más variadas, tanto las “clásicas” de principios de siglo XX como las contemporáneas a las cuales aludíamos más arriba.

Pensando concretamente en el caso del QH de Lenin la escena latinoamericana brinda ejemplos aleccionadores. La historia argentina, caracterizada por el excepcional vigor de una protesta social –intermitentemente puesta de manifiesto en la segunda mitad del siglo XX, sobre todo a partir de 1945– plantea problemas prácticos y teóricos bien interesantes. Cuando aquella irrumpe en la vida estatal desencadena un arrollador activismo de masas, como el evidenciado en las jornadas del 19 y 20 de diciembre de 2001, capaz de derrocar gobiernos y producir un notable vacío de poder que precipitó la designación de cinco presidentes en poco más de una semana. Sin embargo, tamaña demostración de fuerza se diluye a la hora de plantearse la toma de “el cielo por asalto” permitiendo la rápida recomposición del poder burgués y la estabilización de la dominación política y social sin que ni siquiera quede como herencia de este fenomenal hecho de masas la constitución de un gran partido de izquierda o, al menos, una gran coalición en donde el archipiélago de pequeñas organizaciones de dicha orientación pueda conjuntar sus esfuerzos. Una conclusión más o menos parecida puede extraerse del “Octubre boliviano” de 2003. ¿Cómo dar cuenta de esta situación?

Si el caso argentino podría sintetizarse en la fórmula “debilidad del partido, fortaleza del activismo de base”, en los casos de Brasil y Chile ocurre lo contrario, sobre todo en este último: fortaleza de la organización partidaria, debilidad o práctica ausencia del impulso social desde abajo. El caso de Brasil es bien ilustrativo: este gran país sudamericano no sabe todavía lo que es una huelga general nacional; jamás en toda su historia se produjo un acontecimiento de este tipo, lo cual no es un dato trivial, pues algo

nos dice acerca del estado de conciencia de las masas y su capacidad de organización. Brasil, que es una de las sociedades más desiguales e injustas del planeta, presenta un paisaje político signado por la asombrosa pasividad de sus clases y capas populares. Sin embargo, pese a esto ha sido capaz de gestar uno de los partidos de izquierda más importantes del mundo. En el caso chileno, la combatividad de su sociedad parece haberse agotado luego del dilatado invierno del régimen de Augusto Pinochet primero y de la prolongada vigencia del “pinochetismo sociológico” durante el período de la “democracia” que arranca en 1990 y cuyos lineamientos económicos, sociales y políticos exhiben una notable continuidad con los del período precedente. Una vez más, ¿tiene Lenin algo que decir sobre todo esto? ¿Puede ayudarnos a descifrar las complejidades actuales de la política en nuestra región y, más importante todavía, ayudarnos a transformar esta situación?

## **Lenin, el leninismo y el “marxismo-leninismo”**

La respuesta a las preguntas formuladas anteriormente es afirmativa. Claro que, para ello, se requiere una tarea previa de depuración. O, si se quiere, es preciso organizar una suerte de expedición arqueológica que nos permita recuperar la herencia leninista que subyace por debajo de ese cúmulo de falsificaciones, tergiversaciones y manipulaciones perpetrado por los ideólogos estalinistas y sus epígonos y que se diera a conocer con el nombre de “marxismo-leninismo”.

Para nadie es un secreto que Lenin ha sufrido, a manos de sus sucesores soviéticos, un doble embalsamamiento. El de su cuerpo, expuesto por largos años como una reliquia sagrada en las puertas del Kremlin; y el de sus ideas, “codificadas” por Stalin en *Los fundamentos del Leninismo* (1924) y en la *Historia del Partido Comunista (Bolchevique) de la URSS* (1953) porque, según él decía, la obra que había dejado inconclusa Lenin debía ser completada por sus discípulos, y nadie mejor pertrechado que el propio Stalin para acometer semejante tarea. Lo cierto es que la codificación del leninismo, su transformación de un marxismo viviente y una “guía para la acción” en un manual de auto-ayuda para revolucionarios despistados, ha tenido lamentables consecuencias sobre varias generaciones de activistas y luchadores sociales. La canonización del leninismo como una doctrina oficial del movimiento comunista internacional acarreó gravísimas consecuencias en el plano de la teoría tanto como en el de la práctica. Por una parte, porque esterilizó los brotes de una genuina reflexión marxista en distintas latitudes y precipitó la conformación de aquello que Perry Anderson llamara “el marxismo occidental”, es decir, un marxismo vuelto enteramente hacia la problemática filosófica y epistemológica, que renuncia a los análisis históricos, económicos y políticos y que se convierte, por eso mismo, en un saber esotérico encerrado en escritos casi herméticos que lo alejaron irremediabilmente de las urgencias y las necesidades de las masas. Un marxismo que se olvidó de la tesis onceava sobre Feuerbach y su llamamiento a transformar el mundo y no sólo a cavilar sobre la mejor forma de interpretarlo (Anderson, 1979). Por otra parte, porque cuando los principales movimientos de izquierda y, fundamentalmente, los partidos comunistas adoptaron el canon “marxista-leninista”, se demoró por décadas la apropiación colectiva de los importantes aportes originados por el marxismo del siglo XX. Basta recordar el retraso con que se accedió a la imprescindible contribución de Antonio Gramsci al marxismo, cuyos *Cuadernos de la Cárcel* recién estuvieron disponibles, en su integridad, a mediados de la década de los setenta, es decir, cuarenta años después de la muerte de su autor. O la demora producida en la incorporación de la sugerente recreación del marxismo producida, a partir de la experiencia china, por Mao Zedong. O el ostracismo en que cayera la recreación del materialismo histórico surgida de la pluma de José Carlos Mariátegui, quien con razón dijera que “entre nosotros el marxismo no puede ser calco y copia”. O la absurda condena de la obra, excelsamente refinada, de Gyorg Lúkacs en Hungría. Más cercana en el tiempo, esa codificación anti-leninista de las enseñanzas de Lenin (y de Marx) hizo aparecer a Fidel y al Che como si fueran dos aventureros irresponsables,

hasta que la realidad y la historia aplastaron con su peso las monumentales estupideces pergeñadas por los ideólogos soviéticos y sus principales divulgadores de aquí y de allá. Es difícil calcular el daño que se hizo con tamaña tergiversación. ¿Cuántos errores prácticos fueron cometidos por vigorosos movimientos populares ofuscados por las recetas del “marxismo-leninismo”?<sup>2</sup>.

Un tema polémico y que apenas quisiéramos dejar mencionado aquí es el siguiente. Los críticos del marxismo, y en general de cualquier propuesta de izquierda, no ahorran energías para señalar que las deformaciones cristalizadas en el “marxismo-leninismo” no son sino el producto necesario de las semillas fuertemente dogmáticas y autoritarias contenidas en la obra de Marx y potenciadas por el “despotismo asiático” que supuestamente se alojaba en la personalidad de Lenin. Para ellos, el estalinismo con todos sus horrores no es sino el remate natural del totalitarismo inherente al pensamiento de Marx y a la teorización y la obra práctica de Lenin. Nada más alejado de la verdad. En realidad, el “marxismo-leninismo” es un producto anti-marxista y anti-leninista por naturaleza. Que Lenin hubiera planteado, en el Tercer Congreso de la Internacional Comunista, las famosas “21 condiciones” para aceptar a los partidos que solicitan ingresar a ella, y que tales condiciones tuviesen un linaje que en algunos casos conducía directamente al *QH*, no constituye una evidencia suficiente para avalar tal interpretación si se tiene en cuenta, como el mismo Lenin lo planteara reiteradamente a lo largo de toda su vida política, que tales formulaciones adquirirían un carácter necesario sólo bajo el imperio de determinadas condiciones políticas, y que bajo ningún punto de vista se trataba de planteos doctrinarios o axiológicos de validez universal en todo tiempo y lugar. Y esto vale, muy especialmente, como Lenin mismo lo asegura, en el caso de las tesis expuestas en el *QH*<sup>3</sup>.

Un oportuno y necesario “retorno a Lenin” nada tiene pues que ver con un regreso al leninismo codificado por los académicos soviéticos; sí con una fresca relectura del brillante político, intelectual y estadista que con la Revolución Rusa abrió una nueva etapa en la historia universal. Regresar a Lenin no significa pues volver sobre un texto sagrado, momificado y apergaminado, sino regresar a un inagotable manantial del que brotan preguntas e interrogantes que conservan su actualidad e importancia en el momento actual. Interesan menos las respuestas concretas y puntuales que el revolucionario ruso ofreciera en su obra que las sugerencias, perspectivas y encuadres contenidos en la misma. No se trata de volver a un Lenin canonizado porque éste ya no existe. Saltó por los aires junto al derrumbe del estado que lo había erigido en un icono tan burdo como inofensivo, inaugurando la oportunidad, primera en muchos años, de acceder al Lenin original sin la ultrajante mediación de sus intérpretes, comentaristas y codificadores. Claro que el derrumbe del mal llamado “socialismo real” arrastró consigo, en un movimiento muy vigoroso, a toda la tradición teórica del marxismo, y de la cual Lenin es uno de sus máximos exponentes. Afortunadamente ya estamos asistiendo a la reversión de dicho proceso, pero aún queda un trecho muy largo que transitar. Por otra parte, tampoco se trata meramente de volver porque nosotros, los que regresamos a las fuentes, ya no somos los mismos que antes; si la historia barrió con las excrecencias estalinistas que habían impedido captar el mensaje de Lenin adecuadamente, lo mismo hizo con los dogmas que nos aprisionaron durante décadas. No la certidumbre fundamental acerca de la superioridad ética, política, social y económica del comunismo como forma superior de civilización, esa que abandonaron los fugitivos autodenominados “post-marxistas”, sino las certezas marginales, al decir de Imre Lakatos, como por ejemplo las que instituían una única forma de organizar el partido de la clase obrera, o una determinada táctica política o que, en la apoteosis de la irracionalidad, consagraban un nuevo Vaticano con centro en Moscú y dotado de los dones papales de la infalibilidad en todo lo relacionado con la lucha de clases. Todo eso ha desaparecido. Estamos viviendo los comienzos de una nueva era. Es posible, y además necesario, proceder a una nueva lectura de la obra de Lenin, en la seguridad de que ella puede constituir un aporte valiosísimo para orientarnos en los desafíos de nuestro tiempo. Se trata de un retorno creativo y promisorio: no volvemos a lo mismo, ni somos lo mismo, ni tenemos la misma actitud. Lo que persiste es el compromiso con la creación de una nueva

sociedad, con la superación histórica del capitalismo. Persiste también la idea de la superioridad integral del socialismo y de la insanable injusticia e inhumanidad del capitalismo, y la vigencia de la tesis onceava de Marx sobre Feuerbach que nos invitaba no sólo a interpretar el mundo sino a cambiarlo radicalmente.

## **El contexto de producción del *¿Qué hacer?***

Ningún texto se entiende sin su contexto. La *República* de Platón y la *Política* de Aristóteles son incomprensibles sin referencia a la decadencia de la polis griega y la derrota de Atenas a manos de sus enemigos. *El Príncipe* y *Los Discursos* de Maquiavelo también; sólo cobran sentido cuando se los sitúan en el marco de las luchas republicanas y populares de los florentinos en contra del Papado y la aristocracia toscana.

Conviene entonces preguntarse por el contexto de producción del *QH*. En este punto es posible distinguir dos elementos principales, de naturaleza muy diferente pero ambos igualmente importantes. Por una parte, las influencias ideológicas y políticas que emanaban de la nueva situación por la que atravesaba el capitalismo en Europa luego de la gran depresión iniciada a comienzos de la década de 1870 y que se extendería a lo largo de dos décadas. Por la otra, las que se desprendían de las especificidades del desarrollo del capitalismo en Rusia y las peculiaridades de su régimen político, el zarismo.

### **a) El auge del revisionismo**

Lenin publica su texto en 1902, y la referencia ideológica inmediata y explícita es el llamado “economicismo”. ¿Qué era el “economicismo”?<sup>4</sup>. Se trataba de una corriente dentro de la izquierda rusa, y del mismo Partido Obrero Socialdemócrata de Rusia, inspirada en las tesis revisionistas formuladas, en 1899, por Edouard Bernstein en *Las Premisas del Socialismo y las Tareas de la Socialdemocracia*. “Economistas” era pues el nombre que los marxistas rusos reservaban para los revisionistas. El libro de Bernstein había ejercido, desde su aparición, una enorme influencia en el seno de la socialdemocracia alemana, a la sazón el “partido guía” de la Segunda Internacional. Como se recordará, en dicho texto se presentaba una radical revisión, en clave fuertemente economicista, de las concepciones de Marx acerca del curso del desarrollo capitalista y las (cada vez más desfavorables) condiciones de la revolución proletaria. Como no podía ser de otra manera, ese debate se diseminó por todo el conjunto de organizaciones políticas vinculadas, de una u otra manera, a la Segunda Internacional.

La discusión en el seno del Partido es un precipitante inmediato para la redacción del *QH*. Lenin acomete la tarea poco después de la aparición del libro de Bernstein, en uno de los primeros números del periódico *Iskra*, la primera publicación marxista clandestina de Rusia fundada por el propio Lenin en 1900 y cuya redacción se encontraba en la ciudad alemana de Munich. Poco después Vladimir I. Uliánov adoptaría en sus diversos artículos para el citado periódico el pseudónimo de Lenin con el cual pasaría a la posteridad. Por diversas razones relacionadas con la intensa actividad política de nuestro autor, el texto prometido a los lectores de *Iskra* en mayo de 1901 recién vería la luz en marzo de 1902<sup>5</sup>. Lo hace en la ciudad de Stuttgart, Alemania, y bajo el pseudónimo arriba mencionado.

La influencia del llamado *Bernstein-debate* era de tal magnitud que el primer capítulo del *QH* se aboca directamente al tratamiento del problema preguntándose, ya desde el inicio, sobre el significado de la libertad de crítica en el seno de la socialdemocracia. Lenin parte del reconocimiento de que se han formado dos tendencias y afirma que “(E)n qué consiste la ‘nueva’ tendencia que asume una actitud ‘crítica’ frente al marxismo ‘viejo, dogmático’ lo *ha dicho* Bernstein y lo *ha mostrado* Millerand con suficiente claridad” (*QH*: 102, énfasis en el original)<sup>6</sup>. Y prosigue nuestro autor con un párrafo que

sintetiza de manera brillante e inapelable el significado histórico y teórico del revisionismo bersteiniano:

“La socialdemocracia debe transformarse, de partido de la revolución social, en un partido democrático de reformas sociales. Bernstein ha apoyado esta reivindicación política con toda una batería de ‘nuevos’ argumentos y consideraciones bastante armoniosamente concordada. Ha sido negada la posibilidad de fundamentar científicamente el socialismo y de demostrar, desde el punto de vista de la concepción materialista de la historia, su necesidad e inevitabilidad; ha sido negado el hecho de la miseria creciente, de la proletarización y de la exacerbación de las contradicciones capitalistas; ha sido declarado inconsistente el concepto mismo del ‘*objetivo final*’ y rechazada en absoluto la idea de la dictadura del proletariado; ha sido negada la oposición de principios entre el liberalismo y el socialismo; ha sido negada la *teoría de la lucha de clases*, pretendiendo que no es aplicable a una sociedad estrictamente democrática, gobernada conforme a la voluntad de la mayoría, etcétera” (QH: 102, énfasis en el original).

Lo que observa Lenin es que el giro político que va de la revolución a la reforma implica una ofensiva sin precedentes contra las ideas centrales del marxismo. El revisionismo, lejos de ser una reflexión original producida al interior del pensamiento marxista, no es otra cosa que la importación de los contenidos de la literatura burguesa en el seno del movimiento socialista internacional. No extraña, por lo tanto, constatar que la intervención de Bernstein haya precipitado un extraordinario debate en el cual participaron, además del iniciador y de Lenin, Kautsky, Plejanov, Rosa Luxemburgo –con su célebre *¿Reforma o Revolución Social?*– y otras figuras menores del pensamiento socialista. Pero, sostiene Lenin, aquí no se trataba tan sólo de cuestiones teóricas. “En lugar de teorizar, los socialistas franceses pusieron directamente manos a la obra... (pasando) al ‘bersteinianismo práctico’ con todas sus consecuencias” (QH: 103). Dado que la socialdemocracia es un partido reformista, ¿por qué deberían los socialistas franceses abstenerse de participar en un gobierno burgués, o de exaltar la colaboración de clases que hace posible el fin de la dominación social supuestamente garantizado por el advenimiento de la democracia?

Las ideas de Bernstein sobre las transformaciones experimentadas por el capitalismo a finales del siglo XIX podían sintetizarse, siguiendo la interpretación de Umberto Cerroni, en tres tesis principales, resultantes según aquél de la refutación práctica que las transformaciones recientes del capitalismo habían propinado al *corpus* teórico del marxismo. Ellas eran, primero, el rechazo a la teoría del “hundimiento automático” del capitalismo como resultado de sus propias contradicciones económicas. Según Bernstein y el grueso de la opinión ilustrada en el marco de la Segunda Internacional, había en Marx una concepción “derrumbista” del capitalismo que remataría en la inexorabilidad de su propio hundimiento. Si la gran depresión de las décadas de 1870 y 1880 parecía confirmar la validez de esa interpretación –equivocada, digámoslo de una vez–, la sorprendente recuperación puesta en marcha desde comienzos del decenio de 1890 fue interpretada por los principales teóricos de la socialdemocracia como una inapelable refutación de la tesis atribuida a Marx<sup>7</sup>. En segundo lugar, las transformaciones recientes del capitalismo, que ya habían provocado interesantes reflexiones por parte de Friedrich Engels en sus últimos años de vida, demostraban también según los revisionistas la falsedad de la tesis de la pauperización del proletariado. La aparición de las nuevas “clases medias” y la tenaz persistencia de una pequeña burguesía que se resistía tercamente a aceptar su destino proletario eran una evidencia incontestable, para Bernstein, que refutaba la teoría de la pauperización progresiva de la sociedad burguesa<sup>8</sup>. Tercero y último, las transformaciones políticas y el avance sin pausa del sufragio universal y la democratización habían desmentido las tesis clásicas del “camino al poder”, para usar una expresión kautskiana, centradas en la insurrección y la revolución (Cerroni, 1976: 56-57).

En síntesis: el capitalismo había llegado a configurar una estructura con capacidad de autorregulación que rebatía un argumento central del análisis marxista: la naturaleza

cíclica de la producción capitalista y su tendencia crónica a las crisis periódicas. Por otra parte, la consolidación de las libertades públicas y la democracia burguesa aparecían como un contrapeso efectivo a las tendencias polarizantes y pauperizadoras del capitalismo originario, lo que abría el promisorio sendero de un socialismo que para triunfar podía prescindir del baño de sangre revolucionario al utilizar de manera inteligente el gradualismo parlamentario. Toda esta construcción intelectual inspiró a Bernstein a acuñar una metáfora náutica que habría de hacer historia: en efecto, en virtud de los cambios señalados en su obra, la transición del capitalismo al socialismo sería en el futuro algo tan imperceptible como el cruce de la línea ecuatorial en alta mar. Tiene razón Cerroni cuando, refiriéndose a las tesis adjudicadas a Marx, dice que ellas eran “más bien de los comentadores” que del autor de *El Capital*. En todo caso, lo cierto es que fueron esas ideas las que animaron el debate y motivaron las críticas del ala marxista de la socialdemocracia europea, entre ellas las de Lenin en el *QH*. El significado contrarrevolucionario del socialismo evolucionista bernsteiniano no pasó inadvertido sólo para Lenin y sus camaradas de la izquierda radical. En la célebre conferencia pronunciada por Max Weber –célebre por el desembozado reaccionarismo del que hace gala el fundador de la teoría de la “neutralidad valorativa” de las ciencias sociales– ante un público poco simpatizante de las doctrinas socialistas o democráticas, el sociólogo alemán saludaba con satisfacción que

“... (l)as patéticas esperanzas que el *Manifiesto Comunista* había fundado sobre un derrumbe de la sociedad burguesa han sido sustituidas por expectativas mucho más modestas ... la teoría de que el socialismo madura automáticamente en el camino de la evolución. ... (E)stos argumentos demuestran en todo caso que la vieja esperanza apocalíptica revolucionaria que confirió al *Manifiesto Comunista* su fuerza de convicción, ha dado paso a ... una concepción evolucionista. ... (E)ste estado de ánimo evolucionista ... que ha sustituido ahora a la vieja teoría catastrofista, ya estaba desde antes de la guerra ampliamente difundido en los sindicatos y entre muchos intelectuales socialistas. De ese estado de ánimo se han derivado las consecuencias que todos conocemos: ha nacido el llamado ‘revisionismo’” (Weber, 1982: 240-243)<sup>9</sup>.

En todo caso hoy, a poco más de un siglo de iniciado el *Bernstein-debate* la experiencia histórica ha demostrado el error de las tesis tan elogiadas por Weber. Marx jamás aseguró que el capitalismo se hundiría automáticamente. Lo que él hizo fue constatar la naturaleza contradictoria y autodestructiva de las tendencias que se agitaban en su seno y la imposibilidad, a largo plazo, de resolver ese conflicto. Un modo de producción que convierte a los hombres y a la naturaleza en meras mercancías sujetas a la voracidad de los mercados no sólo no tenía precedentes en el pasado sino que tampoco habría de tener demasiado futuro por delante. La capacidad de autorregulación del sistema fue sobre-estimada por Bernstein y, como dramáticamente lo ha demostrado el siglo XX, para sobrevivir el capitalismo ha debido montar una carnicería de inéditas proporciones bajo la forma de continuas guerras y el silencioso exterminio de cien mil seres humanos que, hoy en día, mueren a causa del hambre o de enfermedades perfectamente prevenibles y curables. Marx anticipó genialmente estas tendencias, vio la catástrofe hacia la cual nos conducían, pero también previó que el triunfo del socialismo no era ineluctable y que si se verificaba la imposibilidad de su advenimiento el resultado podría ser la barbarie más desenfundada, algo que ya estamos empezando a ver en nuestros días.

¿Le asistía la razón a Bernstein en su crítica a la, según él, fallida tesis de Marx sobre el empobrecimiento de las clases populares y la polarización social? Sí y no. Sí porque en los países europeos –y recordemos que a fines del siglo XIX el capitalismo era esencialmente un fenómeno de Europa y sus “fragmentos” ultramarinos, Estados Unidos, Canadá, Australia, algunas partes de Sudamérica y la excepción japonesa– las tendencias pauperizadoras y polarizantes del capitalismo fueron contrarrestadas por un conjunto de factores: la emigración hacia las Américas y, en mucha menor medida, Oceanía; la institución de formas embrionarias pero efectivas de “estado de bienestar” en los países

más adelantados de Europa; y, por último, el creciente peso del sindicalismo obrero y los partidos socialistas. Al mismo tiempo, las incesantes transformaciones de las fuerzas productivas y el surgimiento de nuevas áreas de actividad mercantil alentaron la expansión de las “nuevas clases medias”. Estas, junto a la aparición de una “aristocracia obrera”, parecían refutar las predicciones originales de Marx sobre la materia, y fue precisamente eso lo que señaló cuidadosamente Bernstein en su obra. Pero decíamos arriba que también Bernstein se equivocó. ¿En dónde estaba su error? Se equivocó porque generalizó a partir de situaciones idiosincrásicas, propias de los países más adelantados de Europa, y porque no supo captar las tendencias más profundas y de larga duración. Cien años después las tendencias pauperizadoras y polarizantes del capitalismo son axiomas que no requieren de demostración alguna pues resultan visibles a simple vista. Y esto se verifica tanto en el plano internacional, por la acción del imperialismo, como en el plano doméstico, en donde la pobreza y la exclusión social se presentan con rasgos absolutamente claros y definidos. En el caso latinoamericano hubo, en los años sesenta, una discusión muy interesante sobre lo que Torcuato Di Tella (1963) denominaba la teoría del primer impacto del crecimiento económico. Según esta teoría en los países en desarrollo se verificaba, poco después de la plena introducción del capitalismo, un significativo aumento de la polarización social y el empobrecimiento de masas de origen precapitalista. Pero esto era en una primera etapa, porque luego, proseguía el argumento, se ponían en marcha mecanismos de diverso tipo que “suavizaban” la polarización social y mejoraban la situación de los pobres, dando lugar a una estructura social cuyo perfil distributivo denotaba una creciente presencia de sectores medios y una clase obrera relativamente satisfecha desde el punto de vista de su acceso a los bienes materiales. Sin embargo, las cuatro décadas posteriores a la formulación de dicha teoría demostraron irrefutablemente que las tendencias hacia un mayor equilibrio social no lograron consolidarse y que las predicciones marxianas conservan todo su vigor.

Por último, podemos también concluir que el entusiasmo de Bernstein sobre el parlamentarismo socialista era injustificado. Si bien los partidos socialistas y comunistas pudieron instituir una legislación obrera y, en general, ciudadana que cristalizó en el llamado “estado de bienestar”, no es menos cierto que en dichos países no se avanzó un ápice en la dirección del socialismo, y que, tal como lo pronosticara sagazmente Rosa Luxemburgo, las sucesivas reformas no sirvieron para cambiar el sistema sino para consolidarlo y dotarlo de una inédita legitimidad popular. Para esta autora lo que hace el impulso reformista es empujar hasta sus límites las potencialidades históricas contenidas en la última revolución triunfante. El reformismo construido a partir del triunfo de la revolución burguesa no trasciende los límites de la misma. Bajo ciertas y muy especiales condiciones, sin embargo, el reformismo puede sentar las bases para un salto revolucionario. Pero tal posibilidad está indisolublemente unida a un cambio radical en la conciencia de las masas y sus capacidades de organización y acción. Y ese es precisamente el desafío práctico con que tropezaba Lenin en la Rusia zarista (Luxemburgo, 1989)<sup>10</sup>.

En todo caso los “economistas” a la refutación de cuyos argumentos dedica Lenin su libro eran los voceros rusos de estas tendencias en auge en la socialdemocracia alemana, desatada luego de la muerte de Friedrich Engels en 1895. Se trataba de una superficial lectura de Marx, convertido en un férreo determinista que para colmo estaba equivocado, que remataba con la postulación de un optimismo economicista totalmente infundado pero cuyas consecuencias eran claras: el triunfo del socialismo, ese socialismo de cuño liberal y kantiano que quería Bernstein, era ineluctable y, por lo tanto, no había ninguna necesidad de crear al sujeto político, un proletariado conciente y organizado, ni mucho menos de internarse en los laberintos violentos de la revolución. Era una convocatoria a la pasividad y al inmovilismo que, por supuesto, no podía caer bien entre los marxistas. Y Lenin, Rosa Luxemburgo y Karl Kautsky reaccionaron inmediatamente.

## **b) Las particularidades de la situación política en la Rusia zarista**

Unas breves palabras para referirnos al otro factor que influyó en la redacción del *QH*. Breves no porque se trate de un elemento poco relevante sino porque, como veremos, es permanentemente referido por Lenin a lo largo del texto. Muy frecuentemente se olvida que el *QH* fue concebido como un instrumento político en un contexto completamente diferente al que prevalecía en los países más adelantados de Europa. Es interesante comprobar cómo muchos críticos, de entonces y de hoy, parecen no recordar un asunto tan elemental como este y consideran a la obra de Lenin como si fuera un simple texto de sociología de los partidos políticos.

El *QH* tenía básicamente dos objetivos. Por una parte, evitar que el revisionismo terminara por apoderarse del ya de por sí complejo y altamente inestable, en el sentido ideológico tanto como sociológico, partido ruso. Un partido en el que convivían tendencias populistas, social-liberales, ciertos restos de anarquismo y algunos sectores marxistas, y que Lenin concebía como el instrumento fundamental para el derrocamiento del zarismo y la construcción del socialismo. Pero, para ello, era preciso resguardar el legado marxista acechado tanto por las novedades introducidas en el partido alemán por Bernstein como por la pertinaz herencia del populismo en la intelectualidad rusa. El segundo objetivo era muy concreto e inmediato: ante la situación política imperante en Rusia, ¿cómo construir un partido que pudiera llevar adelante su programa revolucionario? La sola pregunta implicaba un punto de partida que no necesitaba mayores demostraciones: la metodología política que practicaban las fuerzas socialistas de Alemania, Francia e Italia era completamente inaplicable en la Rusia de los Zares. Había una cuestión de fondo: la clandestinidad “dura” a la cual debía someterse la actividad del partido ruso era completamente inasimilable a la total legalidad que gozaba en Europa o a la clandestinidad “blanda” existente en la Alemania de Bismarck durante los años en que imperaba la legislación anti-socialista. Pero si en este caso el partido tenía una existencia semi-legal y varias de sus actividades colaterales podían llevarse a cabo sin mayores inconvenientes, en el caso ruso la clandestinidad era de otro tipo, “dura”, e imponía restricciones prácticamente insuperables como las que señalábamos en las páginas iniciales de este trabajo.

Se trataba, en consecuencia, de construir un instrumento político adecuado para luchar en contra de la autocracia más feroz y atrasada, el último gran bastión de la reacción aristocrática y feudal que sobrevivía en la Europa del novecientos. Un régimen despótico en el cual las libertades públicas eran prácticamente inexistentes y brillaban por su ausencia. Partidos y sindicatos estaban prohibidos, y la huelga era considerada un delito común. La persecución política de los opositores era una norma, tanto como su confinamiento en las lejanas prisiones de Siberia. La censura de prensa era total, y los críticos del sistema debían editar sus publicaciones en el extranjero e introducir las con graves riesgos en Rusia. Muchos opositores no sólo sufrían la cárcel sino también la pena capital, como ocurriría con el admirado hermano mayor de Lenin, Alexandr Ulianov, ajusticiado en 1887 cuando apenas contaba con diecinueve años de edad y nuestro autor llegaba a los diecisiete. En consecuencia, el terrorismo como hecho aislado e individual era la respuesta desesperada ante una autocracia que recién en 1905, es decir, siglos después de lo que aconteciera en otros países europeos y como producto de la irrupción revolucionaria de ese mismo año, autorizaría la creación de un parlamento, la Duma, dotado de mínimos, casi meramente decorativos, poderes de intervención política. Octavio Paz dice en uno de sus escritos que el “festín civilizatorio” de la Ilustración, esto es, el excepcional florecimiento de las artes y las letras, el despliegue de los derechos y libertades individuales reafirmados en contra de los absolutismos monárquicos, el avance de la tolerancia y la igualdad, el pensamiento científico y las nuevas ideas sociales y políticas que finalmente se materializaron en las dos grandes revoluciones con que se cierra el Siglo de las Luces, la Revolución Norteamericana de 1776 y la Revolución Francesa, no tuvo entre sus privilegiados comensales a la Rusia de los Zares. “Rusia no tuvo siglo XVIII. Sería inútil buscar en su tradición intelectual, filosófica y moral a un Hume, un Kant o un Diderot” (Paz, 1979: 254)<sup>11</sup>. Más allá de la exagerada admiración

profesada por Paz en relación a los logros de la Ilustración, hoy en día sometidos a duras críticas, lo cierto es que Rusia se mantuvo al margen de todo eso: del secularismo, el republicanismo, el laicismo y, por supuesto, de la democracia. De ahí que los ocasionales impulsos democráticos que afloraban en su geografía fuesen tronchados inmisericordemente por las autoridades. La vida política legal era de una absoluta inoperancia, y todo lo que no podía ser ventilado en las elegantes reuniones de la corte era subversivo y, por lo tanto, debía ser declarado ilegal. De ahí que el Partido Obrero Socialdemócrata de Rusia declarase que su tarea inmediata era el abatimiento de la autocracia zarista, y para ello era preciso desarrollar un instrumento político apropiado para actuar en un medio social dominado por el atraso, la superstición y la ignorancia. Era preciso, en buenas cuentas, hallar esa famosa “palanca de Arquímedes” para transformar el mundo: ese era el desafío que Lenin acomete con singular éxito tanto en el plano teórico, con la redacción del *QH*, en donde exclama “¡Dadnos una organización de revolucionarios y removeremos a Rusia en sus cimientos!”, como en el plano práctico, con su irresistible ascenso hacia la conducción del POSR y la dirección del proceso revolucionario ruso que culminaría con la gran Revolución de Octubre de 1917.

## Tesis principales

¿Qué fue lo que se propuso Lenin al escribir el *QH*? Ya hemos respondido en parte y en términos muy generales a esta pregunta en las páginas anteriores. Examinemos ahora algunos temas más puntuales de la obra.

Digamos, para comenzar, que Lenin escribe su texto en momentos en que florece en Europa la preocupación por los problemas de la organización en el seno de la sociedad capitalista. Biaggio De Giovanni señaló, en un texto sugerente, la conexión existente entre el pensamiento político de Lenin y la producción teórica de Max Weber (De Giovanni, 1981). Su observación es atinada, pero convendría aclarar, en todo caso, que la inquietud leniniana por la problemática de la organización es bastante anterior a la del gran teórico alemán. En efecto, el *locus clásico* en el cual este desarrolla su teoría es su célebre conferencia de enero de 1919, “La política como profesión”, pronunciada después de la derrota de Alemania en la Primera Guerra Mundial, el derrumbe del Imperio Alemán y el triunfo de la Revolución Rusa<sup>12</sup>. Y también lo es en relación a la obra de uno de los discípulos de Weber, Robert Michels, autor de su célebre estudio sobre los partidos políticos (tomando el caso ejemplar de la socialdemocracia alemana) y del cual extrajo como una de sus principales conclusiones “la ley de hierro de la oligarquía”. Es decir, Lenin es un precursor importante de toda una serie de reflexiones que habrían de popularizarse al promediar la siguiente década centradas en la profesionalización de la política (y de los políticos), proceso en el cual uno de los más grandes pensadores burgueses del siglo XX, Max Weber, jugaría un papel de gran importancia. Pese a ello las tesis de Lenin siguen desatando el escándalo entre sus adversarios y el retraimiento entre quienes comparten con él su adhesión a un proyecto revolucionario.

El *QH* consta de cinco capítulos. En el primero se examina el problema de la lucha ideológica contra el revisionismo y el oportunismo, y el impacto de dichas tendencias sobre los conflictos sociales y el papel de la clase obrera. El segundo se refiere al tema crucial del espontaneísmo de las masas y la conciencia socialdemócrata. El tercero versa sobre la política “tradeunionista” y sus diferencias con la política socialdemócrata y los objetivos que persiguen cada una de ellas. El cuarto capítulo se aboca al estudio de los métodos de organización y de acción políticas y desarrolla la concepción del revolucionario profesional. El quinto y último esboza un plan de un periódico político y su función en el proceso de concientización de las masas.

No es nuestro propósito ofrecer un análisis integral de cada uno de estos capítulos. Nos limitaremos, en consecuencia, a subrayar algunas tesis que, a nuestro entender, constituyen el *corpus* central del libro.

## **a) Revisionismo, lucha teórica y revolución**

Son estos los temas centrales del primer capítulo, que se pueden resumir en dos tesis principales.

*El revisionismo es menos una tendencia crítica que una nueva variedad del oportunismo, y debe por lo tanto ser combatido con toda energía por las fuerzas revolucionarias.*

Según Lenin, el revisionismo corrompió la conciencia socialista, envileció el marxismo predicando la teoría de la colaboración de clases y la atenuación de las contradicciones sociales, renegó de la revolución social y la dictadura del proletariado y redujo la lucha de clases a un “tradeunionismo” estrecho y a la lucha “realista” por pequeñas y graduales reformas que traicionan el ideal revolucionario (QH: 112).

*Sin teoría revolucionaria no puede haber práctica revolucionaria.*

Esta es, probablemente, una de las tesis más conocidas y debatidas del libro, y cuya actualidad e importancia se ha tornado indiscutible en nuestros días. En su libro, así como en múltiples intervenciones a lo largo de su vida, Lenin le concede una enorme importancia a la teoría. Por eso dice que lo que quieren los revisionistas no es tanto sustituir una teoría por otra sino prescindir de toda teoría coherente y auspiciar un eclecticismo totalmente falto de principios (QH: 119). En apoyo a su tesis Lenin cita a Marx en su famosa carta sobre el programa de Gotha, en donde el fundador del materialismo histórico aconsejaba a los camaradas del partido alemán no traficar con los principios ni hacer ninguna clase de concesiones teóricas.

Al referirse a la importancia de la teoría Lenin anota que esta se acentúa en el caso ruso debido a tres causas: en primer lugar, por la juventud del POSR y la gran variedad de corrientes que coexisten en su seno, destacándose la importancia del populismo. Como es sabido, este planteaba la tesis de la absoluta originalidad del desarrollo económico ruso. Siendo esto así, se concluía que el capitalismo no podría jamás implantarse en la tierra de los zares. Esto tenía profundas implicaciones políticas por cuanto redefinía a aliados y adversarios de una manera completamente ajena a las conocidas en el desarrollo del capitalismo europeo e imponía tareas completamente distintas para el joven partido ruso. La lucha teórica adquiriría, en consecuencia, una importancia suprema (QH: 119). No sorprende entonces que el joven Lenin hubiera producido dos textos dedicados precisamente a refutar las tesis de los populistas demostrando cómo el capitalismo se había convertido en el modo de producción dominante en Rusia: el juvenil ensayo intitulado “¿Quiénes son los ‘amigos del pueblo’ y cómo luchan contra los socialdemócratas?”, aludido más arriba, y el magnífico estudio publicado bajo el nombre de *El Desarrollo del Capitalismo en Rusia*, escrito en 1898 y publicado, también con pseudónimo, al año siguiente.

La importancia de la teoría se corroboraba también por obra de dos circunstancias adicionales. En el primer caso, debido al carácter internacional del movimiento socialdemócrata que obligaba no tanto a conocer otras experiencias de luchas nacionales como a asumir una actitud crítica frente a las mismas. Segundo, por las responsabilidades especiales que recaían sobre el partido ruso, que debía liberar a su pueblo del yugo zarista y, al mismo tiempo, demoler el más poderoso baluarte de la reacción no sólo europea sino también asiática. Esta inédita responsabilidad del proletariado ruso lo colocaba, según Lenin, objetivamente en la vanguardia del proletariado revolucionario internacional. Y esta tarea mal podía cumplirse sin el auxilio de una teoría correcta (QH: 120-123). En apoyo de su elevada valoración del papel de la teoría, Lenin remite a la distinción que hiciera Engels en su libro *Las Guerras Campesinas en Alemania*, en el cual distingue entre luchas políticas, económicas y teóricas. En dicho texto, Engels celebra el hecho de que los obreros alemanes pertenezcan al pueblo más teórico de Europa, preservando dicho sentido cuando las llamadas “clases cultas” de Alemania lo habrían perdido hace rato. Es este talante teórico el que ha impedido que prosperen en ese país las corrientes “tradeunionistas” que, debido por ejemplo a la

indiferencia teórica de los ingleses, se arraigaron en Gran Bretaña; o la confusión y el desconcierto sembrado por las teorías de Proudhon en Francia y Bélgica; o el anarquismo caricaturesco prevaleciente en España e Italia. Engels agrega que esta pasión por la teoría se refuerza por el hecho de que el alemán es el último en incorporarse al movimiento socialista internacional, y que ha podido aprender de sus luchas, sus errores y sus fracasos. Engels concluía este análisis, citado largamente por Lenin, diciendo que

“(S)obre todo los jefes deberán instruirse cada vez más en todas las cuestiones teóricas, desembarazarse cada vez más de la influencia de la fraseología tradicional, propia de la vieja concepción del mundo, y tener siempre presente que el socialismo, desde que se ha hecho *ciencia*, exige que se le trate como tal, es decir, *que se le estudie*. La conciencia así lograda y cada vez más lúcida debe ser difundida entre las masas obreras con celo cada vez mayor...” (QH: 122 y 123, énfasis nuestro).

La enseñanza y divulgación de la teoría revolucionaria se convierte, en consecuencia, en una de las tareas principalísimas del partido. De ahí la importancia del debate teórico, o de eso que en nuestros días Fidel Castro ha denominado “la batalla de ideas”. Se comprende que tal valoración de los componentes teóricos sea incompatible con un modelo organizativo que, como ocurría con los ingleses, hacía gala de su indiferencia ante la teoría o, como ocurre en nuestro tiempo, convierte al eclecticismo teórico en un signo de madurez política. Volveremos sobre este asunto más adelante.

## **b) La cuestión de la conciencia socialista: espontaneísmo y dirección conciente**

El segundo capítulo del QH se dedica al examen de esta cuestión. En él se formula una de las tesis más radicales y que mayores discusiones ha suscitado desde su planteamiento, que de manera resumida puede expresarse así:

*La conciencia socialista no brota espontáneamente de las luchas del proletariado (y otros sujetos políticos).*

A diferencia de muchos izquierdistas, Lenin era sumamente escéptico en relación al impulso revolucionario de las masas. No creía, como algunos en su tiempo y muchos en el nuestro, que en ellas anida permanentemente una pasión irresistiblemente subversiva e impugnadora del orden social. Se trata de una convicción que se advierte a lo largo de toda la obra de Lenin y no tan sólo como producto de una observación circunstancial. Conviene recordar, con relación a este tema, que en *El “izquierdismo”, enfermedad infantil del comunismo*, Lenin describe el estado “normal” de las masas (es decir, fuera de las coyunturas revolucionarias) en términos sorprendentemente similares a los utilizados por Robert Michels en su clásico estudio sobre los partidos políticos. En uno y otro caso aquellas son retratadas como casi siempre apáticas, inertes y durmientes; por excepción abandonan su estupor y se lanzan activamente a la construcción de un nuevo mundo. De ahí la importancia del partido de vanguardia y de los revolucionarios profesionales, que las incitaran y orientaran a movilizarse y a actuar<sup>13</sup>. Para llegar a esta tesis, reminiscente de similares observaciones hechas por Maquiavelo en *El Príncipe*, Lenin analiza tanto los desarrollos históricos de las luchas de clases en Rusia como en el resto de Europa, y hace suyos los argumentos esgrimidos por el ala izquierdista en el debate de la socialdemocracia alemana. En uno de sus párrafos más rotundos, y probablemente el más citado tanto por sus partidarios como por sus detractores, Lenin observa que:

“Hemos dicho que los obreros *no podían tener* conciencia socialdemócrata. Esta sólo podía ser introducida desde fuera. La historia de todo los países atestigua que la clase obrera, exclusivamente con sus propias fuerzas, sólo está en condiciones de elaborar una conciencia tradeunionista, es decir, la convicción de que es necesario agruparse en sindicatos, luchar contra los patronos, reclamar del

gobierno la promulgación de tales o cuales leyes necesarias para los obreros, etcétera. En cambio, la doctrina del socialismo ha surgido de teorías filosóficas, históricas y económicas que han sido elaboradas por representantes instruidos de las clases poseedoras, por los intelectuales. Por su posición social, también los fundadores del socialismo científico contemporáneo, Marx y Engels, pertenecían a la intelectualidad burguesa. Exactamente del mismo modo, la doctrina teórica de la socialdemocracia ha surgido en Rusia independientemente en absoluto del crecimiento espontáneo del movimiento obrero, ha surgido como resultado natural e inevitable del desarrollo del pensamiento entre los intelectuales revolucionarios socialistas...” (QH: 127, énfasis en el original).

A partir de este análisis Lenin lanza un ataque hacia lo que denomina “el culto de la espontaneidad”. Se trata de un tema cuya vigencia, como veremos más adelante, lejos de haberse eclipsado, adquiere hoy inéditas proporciones especialmente en América Latina. El supuesto de este culto es que las masas tienen un conocimiento especial de su propia situación y de la sociedad en la cual se hallan insertas, de su estructura y de los rasgos que definen su coyuntura, lo que confiere a sus iniciativas espontáneas una certera direccionalidad revolucionaria. Las raíces de este culto se hunden, en el caso ruso, en la tradición populista, una de cuyas cláusulas establecía la hegemonía de las masas sobre la élite y la superioridad de su saber “natural” sobre el conocimiento “artificial” y libresco de los dirigentes. Conciente de la debilidad de esta argumentación, Lenin advertía que la celebración del espontaneísmo equivalía, “en absoluto independientemente de la voluntad de quien lo hace, a fortalecer la influencia de la ideología burguesa sobre los obreros” (QH: 135).

En apoyo a su posición Lenin convoca a quien en ese momento era considerado el guardián de la ortodoxia marxista en el seno de la socialdemocracia alemana, Karl Kautsky, y cita *in extenso* párrafos de un artículo publicado en la *Neue Zeit* en donde critica al nuevo programa de la socialdemocracia austríaca. Kautsky objeta en dicho trabajo la tesis bernsteiniana de que el desarrollo capitalista además de crear las premisas para el socialismo (en clara alusión al título del libro de Bernstein) engendra directamente la conciencia de su necesidad. El socialismo y la lucha de clases, prosigue, “surgen de premisas diferentes. La conciencia socialista moderna puede surgir únicamente sobre la base de un profundo conocimiento científico... (y) no es el proletariado el portador de la ciencia, sino la *intelectualidad burguesa*” (QH: 136, énfasis en el original)<sup>14</sup>. La conclusión de Kautsky es inexorable: “la conciencia socialista es algo introducido desde fuera en la lucha de clase del proletariado, y no algo que ha surgido espontáneamente (dentro) de ella. ... No habría necesidad de hacerlo si esta conciencia derivara automáticamente de la lucha de clases” (QH: 136).

Lenin remata este argumento de la manera siguiente: dado que en el capitalismo hay dos ideologías, y sólo dos, burguesa o socialista (y no hay ninguna “tercera” ideología en una sociedad de clases), toda concesión que nos aleje del socialismo termina favoreciendo a la burguesía. La lucha espontánea de los trabajadores remata en el “tradeunionismo”, en la lucha exclusivamente sindical; es decir, sucumbe ante la dominación ideológica de la burguesía y los conduce, en los hechos, a renunciar al socialismo.

### **c) Política “tradeunionista” y política socialdemócrata**

El tercer capítulo profundiza los elementos tratados en el anterior, procurando diferenciar muy claramente la política socialdemócrata de la política propuesta por los “economistas” al exaltar las luchas económicas y rebajar la trascendencia de las luchas políticas. Nos parece que hay dos tesis principales en este capítulo:

*La tarea de la socialdemocracia es transformar la lucha sindical en una lucha política socialdemócrata.*

La lucha por las reformas económicas, las batallas “tradeunionistas” por la mejora de las condiciones de vida de los trabajadores, son imprescindibles pero no suficientes. Es necesario luchar también por la libertad y el socialismo, porque el gobierno deje de ser autocrático y abra las puertas a la democracia. La transformación de la lucha económica y sindical en lucha política socialdemócrata exige “*aprovechar* los destellos de conciencia política que la lucha económica ha hecho penetrar en el espíritu de los obreros para *eleva*r a éstos hasta el nivel de la conciencia política socialdemócrata” (QH: 171).

*El partido debe ser la vanguardia del desarrollo político.*

Si el socialismo debe ser introducido “desde fuera”, el partido debe “ir a todas las clases de la población” para diseminar las ideas socialistas. Ese “ir a todas las clases” supone que los socialdemócratas asumen papeles de propagandistas, agitadores y organizadores; de educadores que exponen ante todo el pueblo los objetivos democráticos generales de su lucha. Pero si el partido quiere ser vanguardia “es necesario precisamente atraer a otras clases” (QH: 180 y 181, 187 y 188).

#### **d) Sobre los métodos de organización y el revolucionario profesional**

En el cuarto capítulo de su obra Lenin expone los lineamientos organizativos de un partido socialdemócrata idóneo para enfrentar la inmensa tarea que tiene por delante. Comienza por criticar lo que denomina los métodos artesanales de trabajo político y la profunda improvisación y desorganización que prevalecían en los círculos políticos de la Rusia de finales del siglo XIX y comienzos del XX. ¿Qué había allí? Entusiasmo, apasionamiento, falta de preparación y una impresionante improvisación cuyos efectos destructivos mal podían ser compensados por el heroísmo y la abnegación de la militancia. “Iban a la guerra”, nos dice, “como verdaderos mujiks, sin más que un garrote en la mano” (QH: 198). La tesis principal del capítulo podría expresarse en los siguientes términos:

*La socialdemocracia requiere una organización de revolucionarios profesionales.*

La improvisación y la desorganización son el reflejo del “culto al espontaneísmo” obrero. Así como se celebra su tendencia espontánea y poco reflexiva a la lucha, de la misma manera se consiente la existencia de formatos rudimentarios de organización. Dado que la lucha política es mucho más amplia y compleja que la lucha económica de los obreros contra la patronal, la organización de la socialdemocracia revolucionaria debe ser de un género distinto que la organización de los trabajadores para su lucha económica. Lenin esboza las grandes líneas de estas diferencias. La organización de los obreros debe ser en primer lugar sindical, luego lo más extensa y lo menos clandestina posible. La organización del partido debe englobar “ante todo y sobre todo” a revolucionarios profesionales, con lo que desaparece por completo la distinción entre obreros e intelectuales. Dadas las condiciones imperantes en Rusia dicha estructura no debe ser muy extensa y “es preciso que sea lo más clandestina posible” (QH: 211).

Veamos cómo describe Lenin al modelo “amateur” de dirigente revolucionario:

“Un revolucionario blandengue, vacilante en las cuestiones teóricas, limitado en su horizonte, que justifica su inercia por la espontaneidad del movimiento de masas, más semejante a un secretario de tradeunión que a un tribuno popular, sin un plan audaz y de gran extensión, que imponga respeto a sus adversarios, inexperimentado e inhábil en su oficio (la lucha contra la policía política), ¿no es un revolucionario, sino un mísero artesano!” (QH: 225 y 226).

Por eso termina ese apartado con la encendida exhortación aludida más arriba: “¡Dadnos una organización de revolucionarios y removeremos a Rusia en sus cimientos!”. Una organización que, vale la pena aclararlo dadas las reiteradas tergiversaciones que ha sufrido esta apelación, no significa que sólo los intelectuales puedan convertirse en revolucionarios profesionales. Por eso Lenin dice, poco más adelante, que “todo agitador

obrero que tenga algún talento ... no *debe* trabajar once horas en la fábrica. Debemos arreglárnoslas de modo que viva por cuenta del Partido, que pueda pasar a la acción clandestina en el momento preciso, que cambie de localidad..." (QH: 232). Una organización, por último, de gentes "que no consagren a la revolución sus tardes libres, sino toda su vida". No se derrota a la autocracia, y mucho menos al capitalismo, sin que algunos tengan una dedicación total e integral a la tarea.

*La organización revolucionaria debe ser altamente centralizada.*

La última tesis principal que hallamos en el QH se refiere precisamente a la naturaleza organizativa del partido revolucionario. En este último punto Lenin es igualmente taxativo. La especialización de funciones y la división del trabajo que implica la invención de la figura del revolucionario profesional tiene como contrapartida un elevado grado de centralización organizativa. En sus propias palabras, "la especialización presupone necesariamente la centralización, y, a su vez, la exige en forma absoluta" (QH: 229). Este esquema organizativo puede ser llamado, por su *forma*, una "organización de conjurados", y este carácter conspirativo se origina en las necesidades que impone la lucha política en un régimen autocrático en donde las actividades de la oposición se encuentran terminantemente prohibidas y son objeto de implacable persecución. "Hasta tal punto es el carácter conspirativo condición imprescindible de tal organización, que todas las demás condiciones (número de miembros, su selección, sus funciones, etc.) tienen que coordinarse con ella" (QH: 235).

Lenin reconoce que una organización tan centralista enfrenta varios peligros. Uno, que se aísle de las masas y se lance con demasiada facilidad a iniciativas que no encuentren eco en el campo popular. La otra es que un modelo de este tipo puede resultar incompatible con los principios democráticos. Claro está que estos suponen dos condiciones inexistentes en Rusia. Por una parte, la posibilidad de crear una organización que pueda tomar parte en la vida política de manera abierta y pública; por la otra, la posibilidad de que todos los cargos de la misma sean electivos. "Sin publicidad sería ridículo hablar de democracia", y en la Rusia zarista no hay publicidad posible. Bien distinta es la situación de la socialdemocracia alemana, en donde esas dos condiciones se satisfacen plenamente. En el caso ruso, y debido a las condiciones impuestas por la clandestinidad, el control democrático de la dirigencia descansará sobre "la plena y fraternal confianza mutua entre los revolucionarios" (QH: 240 y 241).

## **Las críticas al ¿Qué hacer?**

Fácil es imaginar la conmoción causada por el texto de Lenin en el movimiento socialista no tan sólo ruso sino también europeo. En el POSR las críticas llovieron de todas partes. Axelrod, Martov y Plejánov, hasta entonces íntimamente asociados con Lenin, fustigaron con duros términos su propuesta, y lo mismo hicieron, hasta con mayor énfasis y desde posturas cercanas a una supuesta ortodoxia marxista, Trotsky y Riazánov. Fuera de Rusia, las tesis leninistas fueron también objeto de severos cuestionamientos, entre los que sobresale el que formulara Rosa Luxemburgo.

Antes de examinar este asunto habría que ampliar el foco y examinar el papel del leninismo en el desarrollo del pensamiento marxista. Porque, efectivamente, a la muerte de los fundadores de esa tradición no existía en su legado una teorización acabada sobre el partido político. Existían fragmentos dispersos, reflexiones aisladas o referencias ocasionales, pero no había una teorización seria acerca del instrumento político que debía guiar la revolución proletaria a buen puerto. Citemos una vez más a Cerroni para concordar con él cuando dice que "la auténtica originalidad de Lenin, su anticonformismo teórico, su audacia intelectual ... le permitieron ... mientras en Occidente la tradición marxista se estanca, ampliar e innovar el análisis marxista de la sociedad moderna". Son tres los campos en los que se produce la radical innovación leninista: uno de ellos, la alianza obrero-campesina, posterior a la primera revolución rusa (1905); el otro, la teoría del capitalismo monopolista y el imperialismo, es contemporáneo con la triunfante

revolución de octubre. Pero, cronológicamente hablando, la primera gran recreación de la teoría marxista de la política tiene que ver precisamente con la concepción sobre el partido y la organización política del proletariado, y es la que se cristaliza en el *¿Qué hacer?* (Cerroni, 1976: 92).

Es sumamente significativo que las críticas de la época a la formulación leniniana pusieran el acento de manera mucho más marcada sobre la acentuada centralización que proponía para el partido del proletariado que sobre el tema que hoy provoca reacciones mucho más marcadas, cual es el origen “exterior” de la conciencia revolucionaria de las masas. León Trotsky, por ejemplo, dedica un vitriólico artículo a criticar las concepciones leninistas, no sólo las del libro que estamos ahora presentando sino también las de un breve opúsculo anterior, “Un paso adelante, dos pasos atrás”, en donde se prefiguran algunas de las ideas sistematizadas en el *QH*. Lenin aparece en su artículo titulado “Jacobinismo y socialdemocracia”, publicado en Ginebra en 1904, como “el jefe del ala reaccionaria de nuestro partido”, diseñador de “métodos acelerados del sustitucionismo político” (por su tesis sobre los revolucionarios profesionales) y principal responsable del inevitable fracaso del “fetichismo organizativo”, que arrastrará en su caída a todo el marxismo ortodoxo reducido, para Lenin y sus compañeros, a “algunas fórmulas organizativas primitivas”. Sorprende en este artículo el carácter abstracto y fuertemente teórico de la argumentación de Trotsky, como si el debate sobre las cuestiones de organización pudiera plantearse prescindiendo del análisis de las condiciones concretas en que se desenvolvía el accionar de la socialdemocracia en la Rusia de los zares. Por momentos, la impresión que tiene el lector es que se trata de una intervención en un seminario académico sobre la historia de las revoluciones en la edad burguesa y no de un aporte a una polémica muy concreta sobre problemas de organización y táctica política de un partido en una coyuntura determinada. En todo caso, la tesis sobre el “origen exterior” de la conciencia socialista transita sin suscitar objeción alguna (Trotsky, en Strada, 1977: 438, 447 y 448)<sup>15</sup>.

En un texto de 1904, y también publicado en Ginebra donde se encontraba exiliado, “Desde arriba o desde abajo”, Riazánov sostiene que una “organización conjuratoria de socialdemócratas es un absurdo lógico. ... La socialdemocracia no organiza ninguna ‘conjura’, no prepara la insurrección, no hace la revolución”. Si bien Riazánov se abstiene de afirmar positivamente cuál debe ser la tarea política de la socialdemocracia rusa, no le cabe la menor duda de qué es lo que no debe hacer. Y lo que no debe hacer es precisamente preparar la insurrección popular (Strada, 1977: 449-450).

En todo caso, la crítica más importante es la que formula la revolucionaria polaca Rosa Luxemburgo en su artículo “Problemas de organización de la socialdemocracia rusa”, aparecido en 1904. La autora reconoce desde el primer párrafo la tarea sin precedentes que le ha tocado en suerte a la socialdemocracia rusa: definir una táctica socialista en un país subyugado por una monarquía absoluta. Al tomar en cuenta las condiciones políticas concretas en las que debe llevarse a cabo dicha empresa, Rosa Luxemburgo comienza por establecer las grandes diferencias existentes entre el régimen político de los zares en Rusia y el período de la legislación anti-socialista en la Alemania de Bismarck. Conclusión: ante la ausencia de las garantías formales que ofrece la democracia burguesa, el centralismo aparece como una alternativa realista y razonable. Y eso es lo que Lenin desarrolla tanto en “Un paso adelante, dos pasos atrás” como en el *QH*, sólo que en este caso, según nuestra autora, se trata de una tendencia “ultracentralista” que le otorga “decisiva intervención” a la autoridad central del partido en todas las actividades de los grupos partidarios locales (Strada, 1977: 463-466).

Rosa comprueba que la socialdemocracia exhibe, en todas partes, una fuerte tendencia hacia la centralización. Según su entender se explica por el hecho de que, nacida al interior de un sistema centralizador por excelencia como es el capitalismo y debiendo desplegar sus luchas en el marco de estados burgueses caracterizados por tendencias aún más pronunciadas, la socialdemocracia ha espejado, en su estructura y organización, las mismas inclinaciones. De ahí que observe con singular hostilidad todo formato organizativo que aparezca ante sus ojos como expresiones particularistas o federalistas (Strada, 1977: 465). La propuesta de Lenin exacerba hasta límites jamás

antes alcanzados la centralización organizativa de la socialdemocracia. “La disciplina que Lenin tiene presente”, observa Rosa, “es inculcada al proletariado no sólo por la fábrica, sino también por el cuartel y por el burocratismo actual; en síntesis, por todo el mecanismo del Estado burgués centralizado” (Strada, 1977: 468).

Dado lo anterior, la socialdemocracia tal cual la concibe Lenin será incapaz de adecuar sus tácticas de lucha a la gran diversidad de condiciones que brotan de la vastedad geográfica y complejidad económica y social de Rusia. Los poderes omnímodos de la autoridad central del partido, un Comité Central omnisciente y omnipotente, son incompatibles con la flexibilidad que se requiere para enfrentar las múltiples peripecias de la lucha de clases. Por eso denuncia en su artículo que:

“el ultracentralismo defendido por Lenin se nos aparece como impregnado no ya de un espíritu positivo y creador, sino más bien del espíritu estéril del vigilante nocturno. Toda su preocupación está dirigida a controlar la actividad del partido y no a fecundarla; a restringir el movimiento antes que a desarrollarlo, a destruirlo antes que a unificarlo” (Strada, 1977: 471).

En línea con las críticas formuladas al interior del partido ruso que veían en las tesis leninistas una tentativa de sustituir al movimiento real de los trabajadores por un aparato partidario convertido por la magia de la organización en el demiurgo de la historia, el veredicto de Rosa es lapidario, pues Lenin:

“... ni siquiera advierte que el único ‘sujeto’ al que corresponde hoy el papel de dirigente es el yo colectivo de la clase obrera, que reclama resueltamente el derecho de cometer ella misma las equivocaciones y de aprender ella misma la dialéctica de la historia. Y en fin, digamos francamente entre nosotros: los errores cometidos por un verdadero movimiento obrero revolucionario son históricamente de una fecundidad y de un valor incomparablemente mayores que la infalibilidad del mejor de los comités centrales” (Strada, 1977: 479).

De todos modos conviene recordar, al poner fin a esta recapitulación, que más allá de estas discrepancias las tesis de Lenin acerca de la conformación de una conciencia revolucionaria y el papel central de los intelectuales en su promoción eran compartidas no sólo por Kautsky, en su condición de principal teórico marxista de la Segunda Internacional, sino como dice Kolakowski, por “Viktor Adler y la mayoría de la dirigencia socialdemócrata” de la época. Sólo que Lenin planteó en toda su radicalidad una concepción que permanecía latente, y hasta cierto punto culposamente oculta, en la mayoría de las formulaciones prevalecientes en ese tiempo (Kolakowski, 1978: II, 388-390).

Ahondando más en este punto digamos que la contraposición Lenin-Rosa no debería ser magnificada, pues como muy bien lo demostraron Daniel Bensaïd y Alan Nair en un trabajo suscitado por las grandes movilizaciones obreras y estudiantiles europeas de finales de la década del sesenta, “en Rosa Luxemburgo sólo puede encontrarse un contrapunto fragmentario de las elaboraciones leninistas”. Su construcción, por brillante que sea “en modo alguno puede ser considerada como una teoría de la organización. En un debate donde las modas pasajeras sustituyen el rigor político, no es inútil volver a los textos” (Bensaïd y Nair, 1969: 9-10). Precisamente, de eso se trata y en eso está puesto nuestro empeño: volver a los textos clásicos del pensamiento marxista como una forma de rearmar ideológicamente a quienes hoy, con gran abnegación pero sin el beneficio de la memoria histórica y el conocimiento de los grandes debates que nos precedieron, resisten la dominación del capital<sup>15</sup>.

## **La autocrítica de Lenin**

Más allá de la radicalidad de su estilo polémico es preciso reconocer que Lenin ha sido, en la historia del socialismo y muy particularmente en la historia del pensamiento

socialista, uno de los pocos autores capaces de someter sus propias ideas a una crítica rigurosa y, por momentos, despiadada.

Luego del estallido de la revolución de 1905 y la conformación de los primeros soviets en San Petersburgo, las tesis planteadas en el *QH* merecieron, de parte de su autor, una serie de comentarios que en parte las respaldaban y en otra las rectificaban. Es que los acontecimientos de 1905 demostraron que ante la ausencia de un estímulo juzgado por Lenin tan crucial como el partido revolucionario “capaz de suscitar, orientar y dirigir la acción de masas, éstas desarrollaban un movimiento revolucionario esencialmente político y de amplitud extraordinaria” (Liebman, 1978: 66). Obviamente, la ductilidad teórica de Lenin, opuesto a todo dogmatismo, hizo que éste tomara rápidamente nota de las enseñanzas que dejaba la revolución del cinco. Sus ideas fueron volcadas en el prólogo a un texto –*En Doce Años*, tal era su título tentativo– que pretendía ser la introducción a una recopilación de artículos escritos por él y que aparecería en tres volúmenes en 1907. Pese a la modesta liberalización que el zarismo había consentido luego del ensayo revolucionario de 1905 y la derrota que las tropas del zar habían sufrido en la guerra ruso-japonesa, lo cierto es que esos libros fueron confiscados por la censura y nunca vieron la luz pública. No obstante, el prólogo se salvó de la censura y nos deja importantes claves para comprender el pensamiento de Lenin (*QH*: 75-83).

En esas páginas Lenin sostiene que “el principal error en que incurren las personas que, en la actualidad, polemizan con *QH* consiste en que separan por completo este trabajo de determinadas condiciones históricas, de un período determinado del desarrollo de nuestro Partido, período que hace ya tiempo pertenece al pasado”. No se trataba, en consecuencia, de una fórmula organizativa general, surgida de un manual de sociología y con pretensiones de universalidad y eternidad, sino del “resumen de la táctica de *Iskra*, de la política de organización de *Iskra* en 1901 y 1902” (*QH*: 76 y 77). Dicha táctica resultó a la postre exitosa, y “a pesar de la escisión, el Partido Socialdemócrata aprovechó, antes que ningún otro, el claro pasajero de libertad para llevar a la realidad el régimen democrático ideal de una organización abierta, con sistema electivo, con una representación en los congresos proporcional al número de miembros organizados del Partido” (*QH*: 78). Lenin no compara la situación del POSR sólo con la de otros partidos de izquierda sino inclusive con partidos burgueses, y constata la superioridad del accionar de los socialdemócratas en relación al resto. Es interesante notar aquí cómo la concepción desarrollada en el *QH* no implica para nada desconocer la importancia de la legalidad y de una organización pública y democrática toda vez que estas sean posibles. No hay endiosamiento alguno de una forma organizativa sino adecuación táctica a las circunstancias imperantes. Seguir sosteniendo que en 1901 y 1902

“(Iskra exageraba) respecto a la idea de organización de los revolucionarios profesionales es como si, después de la guerra ruso-japonesa, se hubiera echado en cara a los japoneses el haber exagerado las fuerzas militares rusas, el haberse preocupado exageradamente, antes de la guerra, de la lucha con esas fuerzas. ... Por desgracia, muchos (no ven) que *ahora*, la idea de organización de revolucionarios profesionales ha obtenido ya una victoria completa. Pero esta victoria hubiera sido imposible si, en su tiempo, no se hubiera colocado esta idea en *primer plano*, si no se la hubiera inculcado, ‘exagerándola’, a las personas que ponían trabas a su realización” (*QH*: 76 y 77, énfasis en el original).

Según nuestro autor, tales críticas, formuladas sobre todo una vez que la batalla por la instalación de la socialdemocracia se ha ganado, es simplemente ridícula. En el “Prólogo” Lenin aprovecha para aclarar una vez más la cuestión, tan arduamente debatida desde entonces, de los “revolucionarios profesionales” y su vinculación con la clase. Para nuestro autor la clase obrera posee mayor capacidad de organización que las demás clases de la sociedad capitalista, afirmación esta que no deja de ser contradictoria con otras vertidas por Lenin no sólo en el *QH* sino a lo largo de toda su extensa obra. En todo caso, y para no desviarnos hacia otro tipo de consideraciones, Lenin prosigue diciendo que sin tal capacidad “una organización de los revolucionarios profesionales hubiera sido un juguete, una aventura, un simple cartel ... una tal organización tiene sólo sentido si

se relaciona con ‘una clase efectivamente revolucionaria’ que se levanta espontáneamente para la lucha” (QH: 78).

Una última reflexión sobre las autocríticas de Lenin. Estas son de dos tipos: algunas explícitas, como la que acabamos de reseñar, y otras implícitas y silenciosas. Entre estas últimas hay algunas que son pertinentes al objeto de nuestro trabajo. Como es bien sabido, luego de haber redactado un texto tan importante sobre los problemas de la organización de las fuerzas populares Lenin nunca retomó explícitamente esta problemática. Este silencio es tan resonante como sus palabras. Nuestra interpretación, expuesta de manera abreviada, es la siguiente: el QH fue la respuesta a un momento especial en el desarrollo de la lucha de clases en Rusia. Luego del estallido de la revolución de 1905 y la modesta apertura política decretada por el zarismo, la sola idea de un partido clandestino y organizado de manera ultracentralizada cayó en la obsolescencia. La dialéctica histórica rusa dio origen a la aparición de una nueva forma política, los soviets, que asumieron una centralidad que nadie había siquiera sospechado pocos años antes y que acabó por desplazar a la que hasta entonces tenía reservada el partido. Es más que significativo el hecho de que en las jornadas que se extienden entre febrero y octubre de 1917 Lenin casi no hace mención alguna a la cuestión del partido en las vísperas mismas de la revolución. Con su certero instinto sabía que el protagonismo pasaba por los soviets y no por el partido. Que este tenía una misión que cumplir, pero que el ritmo y la dirección del proceso revolucionario estaban dictados por los soviets y que las tareas del partido sólo adquirirían sentido y gravitación al interior de los soviets y no desde fuera o desde adelante. De ahí la sorprendente radicalidad de sus famosísimas *Tesis de Abril*, en las cuales, para estupor de sus propios camaradas de partido, plantea la consigna que habría de ser la “guía para la acción” durante todo ese tormentoso período revolucionario: “¡todo el poder a los soviets!”. Actitud esta que se reitera en una de sus obras más importantes, *El Estado y la Revolución*, escrita en el vértigo final de la revolución y en donde la referencia al partido está ausente o tiene un carácter absolutamente marginal. Nos parece que este crepúsculo teórico y práctico del partido tiene que ver con el hecho de que, en la apreciación de Lenin, su función histórica había sido asumida por esa nueva forma organizativa, los soviets, sobre la cual descansaría el éxito de la inminente revolución. De alguna manera este silencio también constituye una elocuente autocrítica.

## Elementos para una evaluación, un siglo después

Hoy estamos en condiciones de evaluar con más serenidad –y con la sabiduría que nos otorga el conocimiento del proceso histórico, ese sempiterno enigma tan difícil de descifrar en el presente– los aportes y las limitaciones del clásico texto de Lenin. Y para ser congruentes con las orientaciones epistemológicas del materialismo histórico vamos a proceder a la valoración final del QH tomando en cuenta tanto su contexto de producción como las condiciones de recepción que nos impone nuestro presente.

Digamos, para comenzar, que se trata de un libro dotado de una densidad teórica poco común. Pese a que Lenin lo califica más de una vez como “un folleto”, en realidad se trata de una obra que posee una envergadura teórica e ideológica extraordinaria. Y esto más allá de sus errores. Es un libro altamente polémico pero que se toma el trabajo de examinar meticulosamente cada uno de los argumentos de sus adversarios. Un libro que, además, responde a una preocupación concreta: la emergencia de un gran movimiento de masas llamado a cambiar el curso de la historia de la humanidad, y cuya importancia y cuyo destino Lenin intuyó en todos sus alcances antes y con más profundidad que ningún otro. Un Lenin, recordémoslo, que junto a tantos otros de su generación no pudo conocer, porque estaban aún inéditos, ciertos textos fundamentales del marxismo, lo que torna aún más encomiable su cuidadosa aplicación del *corpus* del materialismo histórico a los más diversos emprendimientos intelectuales y prácticos. En efecto, Lenin hace del marxismo “una guía para la acción” sin haber podido conocer la *Crítica a la Filosofía del Derecho de Hegel*, los *Manuscritos de 1844*, *La Ideología*

*Alemana* y, por supuesto, los *Grundrisse*, todos publicados después de la muerte de Lenin ocurrida en 1924. Pese a ello, su fidelidad a lo fundamental del legado de Marx es asombrosa y es de estricta justicia reconocer tan singular logro.

### **a) Corrigiendo a Marx**

Pero esa fidelidad no lo eximió de mantener invariablemente una actitud crítica en relación a la tradición teórica heredada. Lenin se tomaba muy en serio la sentencia que él mismo acuñara y que decía que “el marxismo no es un dogma sino una guía para la acción”. Su rechazo a la canonización que el marxismo estaba sufriendo a manos de la Segunda Internacional lo impulsó a adoptar una actitud de “revisionismo permanente” que, como decíamos más arriba, fructificó en tres importantes aportaciones teóricas en las áreas de las alianzas de clases, el imperialismo y la teoría del partido político.

Examinando las tesis leninistas acerca del último de los temas, uno de los más eminentes marxistas de nuestro tiempo, el intelectual hispano-mexicano Adolfo Sánchez Vázquez, sostiene que en relación a la praxis transformadora del proletariado Lenin introduce una revisión radical a los planteamientos clásicos del marxismo. En efecto, en las formulaciones originarias se establece que las contradicciones del capitalismo crean las condiciones que hacen posible la toma de conciencia del proletariado, el cual, a través de diferentes partidos obreros, se organiza y se lanza a la conquista del poder político. Esto puede ocurrir por la vía revolucionaria o, como diría el Engels de la década de 1890, eventualmente por la vía gradual y pacífica. Como bien observa Sánchez Vázquez, en el esquema clásico de Marx prevalece una excesiva confianza en la capacidad del proletariado, dada su posición objetiva en el sistema, para elevarse por sí mismo, en el curso de su propia praxis, y acceder a una plena conciencia de clase que le permita conocer su verdadera situación en el modo de producción y, a partir de la adquisición de la misma, actuar revolucionariamente<sup>17</sup>.

Sin embargo, las enseñanzas de la historia real desmienten esa doble confianza en la elevación del proletariado a su conciencia de clase y en su actuación revolucionaria conforme a ella (Sánchez Vázquez, 2003). Es este el momento en que hace su entrada Lenin, corrigiendo los dos supuestos del marxismo clásico. A partir del análisis de la experiencia histórica europea en la segunda mitad del siglo XIX y de los propios acontecimientos ocurridos en Rusia en los años recientes Lenin concluye que la clase obrera por sí misma –es decir, en el curso de su propia praxis y aislada de otras influencias externas– no puede elevarse al nivel de su conciencia de clase y actuar revolucionariamente. Necesita para ello de un agente exterior que le permita rebasar los límites que la ideología burguesa impone a su conciencia y acción. Ese agente no puede ser otro que el partido, el cual, por poseer el privilegio epistemológico de conocer el análisis científico de la sociedad capitalista y el sentido de la historia, puede introducir la conciencia socialista en la clase obrera, organizarla y dirigirla en sus luchas. Este es, según Sánchez Vázquez, el núcleo del argumento leninista. Como conclusión, el verdadero sujeto histórico dejaría de ser la clase obrera, como pensaba Marx, y pasaría a ser el partido. Esta teoría leninista, de raigambre kautskiana, criticada desde el primer momento por Plejánov, Trotsky y Rosa Luxemburgo, se convertiría a la muerte de Lenin y con el ascenso de Stalin en la concepción excluyente del partido de la Tercera Internacional. En su versión estalinista, el “sustitutivismo” se consuma a la perfección: el protagonismo de la clase pasa al partido, para pasar luego a su Comité Central y, finalmente, a su Secretario General, cumpliéndose así el sombrío vaticinio de Trotsky (Sánchez Vázquez, 2003: 417)<sup>18</sup>.

Nos parece que la crítica de Sánchez Vázquez es pertinente, aunque pensamos que por momentos corre el riesgo de atribuir a Lenin algunas de las deformaciones que su pensamiento y su programa político sufrieran bajo el estalinismo con la conformación del “marxismo-leninismo”. Quisiéramos, por ejemplo, tomar en consideración el tema del agente histórico de la lucha contra la sociedad capitalista. Es cierto que la tentación sustitutivista está presente en el modelo leninista de partido. Pero también lo es el hecho

de que, tal como lo escribía Lenin en el “Prólogo” arriba mencionado, la “capacidad objetivamente máxima del proletariado para unirse en una clase se realiza por personas vivas, no se realiza sino en determinadas formas de organización” (QH: 78 y 79). El protagonismo de la clase no es tal si no se expresa a través de algún tipo de acción colectiva, y esto supone el diseño de una organización con todos los riesgos de substitutivismo que ella entraña. En este punto podríamos decir que Lenin viene a corregir un cierto “optimismo antropológico” presente de manera bastante clara en Marx en éste y en varios otros temas que sería muy largo examinar aquí. El “pesimismo antropológico” de un Maquiavelo, que pensaba que las masas estaban dominadas por un humor quietista y que se conformaban con no ser humilladas ni explotadas en demasía, parecería estar más cerca de la verdad histórica que la visión activista y proclive a la rebeldía prohijada por Marx. La propia experiencia de Marx y Engels en la Primera Internacional puso en evidencia, por otra parte, no sólo los problemas que obstaculizaban la conformación de una conciencia socialista –la apropiación de un bagaje teórico capaz de develar la estructura íntima y los mecanismos de explotación de la sociedad capitalista– entre los sectores obreros, sino también las enormes dificultades que debía enfrentar la constitución de una expresión política unitaria de las clases populares superadora de las fragmentaciones políticas pre-existentes. En ese sentido, plantear la existencia de varios “partidos obreros” como de hecho lo hicieron Marx y Engels en *El Manifiesto del Partido Comunista* no parece ser un camino confiable para garantizar el triunfo de la tan ansiada revolución socialista que aquellos anhelaban. De hecho, si algo enseña la historia contemporánea de América Latina es que la existencia de varios partidos obreros, lejos de potenciar las perspectivas de un salto revolucionario, parece condenar a las fuerzas populares a una sucesión interminable de derrotas y frustraciones de todo tipo. De todas maneras Sánchez Vázquez concluye que si el partido no es un fin en sí, sino un medio o instrumento para la realización del proyecto socialista en condiciones históricas determinadas, no puede aceptarse –como no la aceptó Marx– la tesis de un modelo universal y único del partido, y menos aún dentro del pluralismo político y social de una sociedad verdaderamente democrática (Sánchez Vázquez, 1998). Afirmación ésta sin duda acertada pero que, a nuestro entender, fuera anticipada por el propio Lenin en el “Prólogo” a la recopilación *En Doce Años* examinada más arriba.

## **b) Lenin, Weber, Michels**

Dejando de lado las sugerentes observaciones de Sánchez Vázquez, fijemos nuestra atención en los importantes desarrollos teóricos que las ciencias sociales producían en esa misma época histórica. Lenin encara el problema del partido y su organización anticipándose en más de una década a lo que luego sería un lugar común en la sociología burguesa, principalmente tras las huellas de Max Weber y Robert Michels. Y recordemos que las conclusiones a que arriban estos grandes sociólogos *no son diferentes* a las que emergen del QH: la política se ha convertido, en la sociedad burguesa, en una profesión. Un partido político moderno requiere de políticos profesionales. Un partido revolucionario exige revolucionarios profesionales; un partido “del orden” requiere también políticos de tiempo completo destinados a preservar los fundamentos de una sociedad injusta. La dominación política se ha convertido en algo demasiado complejo y sumamente importante en la sociedad capitalista como para dejarla en manos de aficionados. Pocos autores fueron más lejos que Weber en esta condena al diletantismo de los políticos improvisados, sobre todo los que tienen sobre sus espaldas la responsabilidad de garantizar la perpetuación del orden social vigente. Nótese la duplicidad de criterios: el profesionalismo político que suscitara escándalo en la obra del revolucionario ruso aparece como una razonable conclusión empírica en la obra de los académicos alemanes enemigos del socialismo.

Michels añade un elemento más a esta caracterización de las nuevas formas de la política al insistir sobre la importancia de la organización y al sentenciar que, en el fondo, la organización es poder. Un poder que se concentra en una pequeña oligarquía

dirigente, cualquiera que sea la naturaleza de la organización de que se trate. De ahí que este autor formulara la “ley de hierro de la oligarquía”, que establece que debido a un conjunto de mecanismos intra y extra-organizacionales el grupo dirigente de un partido o sindicato tenderá a perpetuarse en el poder y a concentrarlo cada vez más en un círculo más reducido de integrantes. ¿Habrá sido una mera casualidad que Michels haya llegado a esta conclusión luego de un detallado estudio de la socialdemocracia alemana? De ninguna manera. El Partido Socialdemócrata Alemán era “el partido”, no sólo para los socialistas de comienzos del siglo XX, como Lenin, sino también para los sociólogos académicos que lo consideraban, en vísperas de la Primera Guerra Mundial, como el prototipo más exitoso del partido político en la naciente era de la democracia de masas. Bajo esta perspectiva, en consecuencia, nos animaríamos a decir que lo que hace la propuesta de Lenin es traducir al ruso el formato organizativo ya puesto en práctica en la socialdemocracia alemana. Pero lo que en Alemania era considerado un hecho normal, en el país de los zares era motivo de santa indignación. ¿O no había políticos profesionales en el partido alemán? ¿No había acaso una impresionante burocracia rentada que le imprimía su sello a todas las actividades del partido, tanto en el frente de la lucha económica como en la política? En ese sentido los trabajos más serios sobre la materia, principalmente el de Schorske (1983), no dejan la menor duda. Y el propio Weber se refirió al tema en sus análisis sobre la burocracia en las sociedades modernas, planteando tesis sumamente pesimistas acerca de la inexorabilidad de la organización y su posibilidad de que ella se constituya en una verdadera “jaula de hierro” en donde sucumbirían todas las libertades. Un talante igualmente pesimista se desprende de la obra de Michels, sobre todo en relación a las perspectivas de una organización que sea a la vez eficiente burocráticamente y democrática en su funcionamiento.

Unas palabras finales merecen las consideraciones de Weber sobre Lenin y, en general, el liderazgo comunista. Como es sabido, este autor no profesaba demasiada simpatía por las ideas socialistas. En sus distintos escritos sobre Rusia, a propósito de la revolución de 1905 y luego sobre el período revolucionario abierto en febrero de 1917, Weber ignora olímpicamente el papel desempeñado por Lenin. Y pese a que este demostró poseer una especial sensibilidad para comprender y valorizar el papel de la organización y el profesionalismo político, sería en vano tratar de buscar alguna referencia bibliográfica, por sumaria que sea, a la densa producción teórica del revolucionario ruso. En su voluminosa obra abundan expresiones muy críticas, cuando no abiertamente despectivas, sobre los procesos revolucionarios y sus dirigentes, sobre todo los alemanes. Así, en la biografía cuidadosamente compilada por su esposa Weber aparece diciendo que los soviets de Munich y Berlín eran un “carnaval sangriento que no merece el nombre honorable de revolución”; habla del “éxtasis revolucionario” y dice que era una especie de narcótico que se había apoderado de las masas alemanas (¿qué habría pensado de esas masas completamente histerizadas y fanatizadas que, pocos años después, saludarían con fervor patriótico al Führer?). Cuando estallan las insurrecciones en aquellas dos ciudades Weber las califica de “bandas insensatas” dirigidas por Karl Liebknecht y Rosa Luxemburgo, quienes, según sus palabras, merecerían estar en un jardín zoológico y en un manicomio respectivamente. Ante el torbellino revolucionario aconsejaba que “lo importante era que (sus líderes) fuesen detenidos con la mayor rapidez posible, sin dejarles siquiera la posibilidad de defenderse de forma desesperada”. Cuando poco después se enteró de los asesinatos de ambos, se limitó a comentar que “Liebknecht incitó a la calle a la pelea; la calle le ha matado” (Weber, 1926: 481-482, 642; Beetham, 1977: 277-278). Pese a estos tan lamentables comentarios es posible afirmar que hay un hilo subterráneo que conecta las preocupaciones de Weber, Michels y Lenin, si bien los tres extraen conclusiones muy diferentes entre sí.

### c) Origen de la conciencia socialista

Pasemos a continuación a examinar, brevemente, el tema del origen de la conciencia socialista. Es sabido que la tesis kautskiano-leninista ha sido sometida a innumerables críticas. No obstante, los desafíos derivados de la misma siguen en pie. ¿Es razonable suponer que en una sociedad como la capitalista la conciencia socialista pueda florecer como resultado de la lucha de clases? Pese a la santa indignación que suscita la idea del agente exterior que introduce el socialismo en la conciencia popular, el asunto necesita examinarse con la mayor meticulosidad posible. Siendo este un tema cuyo tratamiento excedería con creces los objetivos del presente escrito vamos a limitarnos a formular algunos pocos interrogantes concebidos para estimular una reflexión sistemática sobre este asunto.

Conviene comenzar haciendo un breve repaso de la historia de las luchas sociales bajo el capitalismo en el siglo XIX. El *locus classicus* de esto es Europa, patria del capitalismo. ¿Qué nos enseña esa historia? ¿Nos enseña que el proletariado europeo adquirió una fuerte conciencia de clase socialista? ¿Demuestra acaso que sectores crecientes de la clase trabajadora “aprendieron” en sus luchas y con sus luchas a conocer mejor al capitalismo? Producto de un siglo de densas confrontaciones sociales, ¿surgió de los propios obreros una concepción sobre la naturaleza del orden social capitalista, los dispositivos mediante los cuales se produce la explotación, y una visión clara de los mecanismos integrales de la dominación de clase? La respuesta a todas estas interrogantes es negativa. Si nos adentramos en un similar análisis para el siglo XX los resultados serían aún más decepcionantes, habida cuenta del perfeccionamiento experimentado por la trama de la dominación ideológica de las clases dominantes. Y si, además, salimos del entorno europeo y volvemos nuestra mirada a América Latina, con sus prolongadas batallas en pos de la liberación de nuestros pueblos, el veredicto no sería menos pesimista.

¿Qué conclusiones extraer? Que el desarrollo de la lucha de clases indudablemente enseña, pero que tales enseñanzas no son suficientes para adquirir una conciencia socialista que, a la vez que señale con claridad las características opresivas, expoliadoras y predatorias del capitalismo, identifique los contornos de una buena sociedad considerada no sólo como deseable sino también como posible y alcanzable en un plazo razonable. Rebelarse contra el amo no necesariamente convierte al esclavo en un enemigo de la esclavitud; la resistencia a la explotación capitalista no necesariamente hace que sus protagonistas accedan a una concepción socialista del mundo y de la vida. Creer que con la sola lucha basta para la construcción de la conciencia de clase, con todo lo que ella implica, es una profesión de fe romántica que poco tiene que ver con la vida política real.

Esto nos coloca de bruces frente a dos problemas, dado que tales resultados se producen pese a la incansable labor de organizaciones de izquierda que intentaron, por diversos medios, acelerar una toma de conciencia socialista entre las masas. Primero, porque nos sitúa ante la necesidad de evaluar realísticamente los mecanismos y los dispositivos de manipulación y control ideológico de que dispone la burguesía y que le permiten neutralizar los intentos de concientización promovidos por los sujetos políticos contestatarios y, simultáneamente, consolidar un “sentido común” congruente con las necesidades de la reproducción capitalista. Nos parece que las visiones del marxismo clásico subestimaban grandemente estos factores, en buena medida porque su desarrollo es, en términos generales, un fenómeno que adquiere dimensiones especiales a lo largo del siglo XX. Es en ese momento cuando los “aparatos ideológicos” de la dominación burguesa adquieren una gravitación excepcional que los convierte en formidables obstáculos al desarrollo de la conciencia de clase de los explotados y oprimidos. Todo el tema de la hegemonía y la “dirección intelectual y moral” explorado por Gramsci y el papel de la industria cultural examinado por la Escuela de Frankfurt apuntan precisamente en esta dirección y ponen de relieve la actualidad de la tesis kautskiano-leninista. Si antes la empresa de adquirir una conciencia de clase socialista era ardua y sumamente laboriosa, en el capitalismo del siglo XXI tal proceso se ha vuelto muchísimo

más complicado. El papel de los medios de comunicación de masas ha sido, en este sentido, de una importancia extraordinaria a la hora de impedir el desarrollo de una conciencia socialista en masas cada vez más explotadas de la población.

Segundo, la constatación a que arribáramos más arriba nos mueve a reconsiderar el papel de los intelectuales. No nos parece temerario afirmar que en el pensamiento del joven Marx se encuentran algunas raíces de lo que luego sería la tesis plenamente desarrollada por Lenin en el *QH*. En efecto, para el autor de *El Capital* la sociedad capitalista es opaca. A diferencia de sus predecesoras, en donde los mecanismos de la dominación y la explotación eran transparentes y explícitos, en el capitalismo ellos se encuentran ocultos tras el velo del fetichismo de la mercancía y la alienación consustancial a la vida política en el marco del estado burgués. En sus textos juveniles Marx habla del “rayo del pensamiento” que fecunda “el candoroso suelo popular”, es decir, la conciencia del proletariado. Un pasaje célebre de su obra sentencia que “así como la filosofía encuentra en el proletariado sus armas *materiales*, el proletariado encuentra en la filosofía sus armas *espirituales*” (Marx, 1982: 502, subrayado en el original). Como bien observa Strada, Lenin “traducirá la ‘filosofía’ (la ‘conciencia’) en ‘organización’, arma intelectual a la que le es indispensable la ‘espontaneidad material’ del proletariado” (Strada, 1977: 74). ¿O es que alguien piensa que esa mitad de la especie humana, que sobrevive con menos de dos dólares por día, reúne las condiciones siquiera mínimas para reflexionar sobre las causas profundas de su desdicha y acceder a una visión científicamente fundada de la naturaleza de la sociedad capitalista y sus vías de superación? ¿Alguien puede seriamente creer que esa humanidad, bombardeada las veinticuatro horas del día por medios de comunicación de masas controlados en una aplastante mayoría por grandes monopolios capitalistas y con centenares de millones de analfabetos y miles de millones de analfabetos funcionales, puede elevarse al nivel de reflexión y conciencia exigidos para dar finalmente vuelta a esta página de la historia? Por otra parte, ¿quién dice que la conciencia socialista puede surgir “desde al aire”, desvinculada de las luchas obreras? Es más, podríamos objetar hasta qué punto la tesis kautskiano-leninista no exagera la “externalidad” del supuesto agente externo. Porque, en verdad, ¿hasta qué punto podríamos considerar la obra de Marx y Engels como la de un “elemento exterior” al proletariado europeo? ¿Hubiera sido posible la creación de los fundadores del materialismo histórico sin las luchas sociales que conmovían a Europa durante gran parte del siglo XIX? Entonces, ¿hasta qué punto esa producción en el campo de la teoría y la ideología puede realmente considerarse una “influencia externa” al universo proletario?

#### **d) Enseñanzas de la historia reciente de América Latina**

Echemos por último un vistazo a la situación de las luchas de clases en América Latina. El caso de varios partidos y movimientos sociales populares de la región demuestra la pertinencia de las tesis leninistas. Esto no quiere decir, por supuesto, que el modelo de partido que Lenin proponía en 1902 pueda ser el paradigma organizativo de un gran movimiento de masas, o de un gran partido político, en 2004. El mismo Lenin descartaba esa eventualidad después de 1905, de manera que es inimaginable suponer que seríamos fieles a su legado teórico político si propusiéramos esa fórmula más de un siglo después y en condiciones muy diferentes a las que prevalecían en su tiempo. Pero si el modelo de partido ultracentralizado y forzado a actuar en la clandestinidad es ya anacrónico y por eso mismo impracticable, ¿hay todavía algún elemento rescatable de las páginas del *QH*?

Veamos. ¿Es o no necesario para las fuerzas de izquierda contar con políticos profesionales? Los grandes partidos y movimientos populares de la región los tienen, como no podría ser de otra manera. Sería ingenuo suponer que las fuerzas contestatarias debieran conformarse con dirigentes que actuaran como tales en sus ratos de ocio, o luego de una agotadora jornada de trabajo, y que de esa manera pudieran hacer frente a la gigantesca tarea de organizar una alternativa superadora del capitalismo. Por otra

parte, si la burguesía cuenta con un ejército de políticos profesionales, entendiendo por tales no sólo a quienes están directamente involucrados con sus partidos sino a todo el enjambre de funcionarios, académicos, publicistas, comunicadores sociales, técnicos y expertos que operan políticamente, con una dedicación de tiempo completo, para viabilizar y reforzar la dominación del capital, ¿por qué no habrían de intentar hacer lo mismo las clases subalternas y sus organizaciones políticas? De hecho encontramos políticos profesionales en el MST y el PT brasileños, en el PRD mexicano y en la gran mayoría de los partidos y movimientos sociales populares y de izquierda de la región, ¡aún cuando en muchos de los cuales se cultiva una fervorosa profesión de fe antileninista!

La experiencia de diversas organizaciones demuestra a su vez la importancia asignada a la educación política de las masas. Esto es particularmente importante en el Movimiento de Trabajadores Rurales Sin Tierra de Brasil, sin duda el más importante movimiento social de América Latina y, por su gravitación nacional e internacional y por la índole y extensión de sus realizaciones, uno de los más importantes del mundo. La permanente campaña para educar a sus seguidores y al público en general ha sido un elemento decisivo para elevar la rebeldía espontánea de algunos sectores populares del campo a un nivel de conciencia y organización que les permita constituirse como un sujeto político relevante en la vida política brasileña.

En general en América Latina la cuestión de la organización ha sido lamentablemente desatendida, mientras que la burguesía perfecciona incesantemente sus estructuras organizativas y extiende el alcance de sus operaciones coordinadas por todo el planeta. No deja de ser una cruel paradoja que la derecha haga permanentes esfuerzos por repensar y renovar sus diseños organizativos al paso que algunos intelectuales de izquierda aconsejan archivar definitivamente toda reflexión sobre el poder y el estado y caen en eso que Lenin adecuadamente llamaba en su época, y podemos todavía usar esa expresión hoy en día, en un ingenuo “culto a la espontaneidad”. Una paradoja que en buena medida sirve para explicar, al menos parcialmente, las sucesivas derrotas experimentadas por la izquierda en las más diversas latitudes. No cabe duda de que se requiere una nueva fórmula política para enfrentar los desafíos de nuestro tiempo. El viejo modelo de partido leninista concebido para luchar en la clandestinidad contra el zarismo, o su canonización a manos de Stalin en la época de la Tercera Internacional, son hoy abiertamente inadecuados. Pero, desafortunadamente, el “partido de nuevo tipo” esbozado en los escritos de Antonio Gramsci para las sociedades que constituyen eso que se denomina Occidente todavía no ha hecho su aparición. Y si lo hizo, cosa que dudamos, su concreción más acabada, el Partido Comunista Italiano, fundado por el propio Gramsci, demostró cabalmente los límites de una construcción basada en la acentuación completamente unilateral de uno de sus instrumentos estratégicos: la conquista de la hegemonía en el seno de la sociedad civil. La historia italiana de la década de 1970 demuestra contundentemente que no hay una alquimia gracias a la cual una abrumadora hegemonía en el terreno de lo social y la cultura se convierta en poder político si es que no media una estrategia muy clara –radical y revolucionaria– de poder. Ante la ausencia de la misma, la formidable hegemonía que el PCI había logrado construir en la sociedad italiana prosiguió su proceso de maduración hasta que, ante la postergación indefinida del momento vivificante de la toma del poder, inició el proceso de putrefacción que condujo al partido a su propia desintegración y al vergonzoso espectáculo del gobierno D'Alema, émulo tardío del tatcherismo aplicado en nombre de un supuesto comunismo “aggiornado”. Volviendo a nuestro tema digamos, para concluir, que si bien existen elementos embrionarios “de nuevo tipo” en algunos partidos políticos y movimientos sociales, incluyendo el “movimiento de movimientos” que resiste la globalización neoliberal, lo cierto es que todavía hay mucho camino por andar. Así como tenemos la firme convicción de que es hoy imposible aplicar el modelo organizacional contenido en el *QH*, muchas de las reflexiones que allí están contenidas siguen siendo valiosas fuentes de inspiración para pensar esta problemática en el momento actual.

Lamentablemente, en América Latina el debate sobre la herencia del *QH* está aún pendiente. Un libro muy interesante es el que, en los años setenta escribiera el dirigente

comunista uruguayo Rodney Arizmendi. Pese a su apego a ciertas fórmulas del “marxismo-leninismo”, el libro de Arizmendi tiene el mérito de someter a consideración un amplio abanico de problemas –la cuestión de las vías de la revolución, los problemas de la estrategia y táctica de los movimientos insurgentes, la problemática de la organización política, etc.– que no pueden seguir siendo ignorados (Arizmendi, 1974). No se resuelve la cuestión del poder simplemente proclamando su naturaleza pecaminosa o antidemocrática, o negando su existencia, así como el imperialismo no se diluye porque le cambiemos de nombre y se le llame “imperio”. En fechas más recientes se publicó una muy interesante compilación a cargo de Werner Bonefeld y Sergio Tischler (2002) en donde diversos autores examinan distintos aspectos del legado teórico político leninista y llegan a conclusiones bastante diferentes según los casos. Más allá de las críticas que se le puedan formular a este intento, lo cierto es que los trabajos reunidos en ese libro abren una discusión seria sobre una herencia teórica y práctica irrenunciable, y que sería más que conveniente proseguir en profundidad. En el momento en que existe un optimismo por momentos tan ilusorio como desenfrenado en relación a la productividad de los nuevos modelos organizativos del campo popular, una reflexión seria en torno al *QH* es un imperativo ineludible. De la discusión de sus tesis podremos aprender muchas cosas que seguramente potenciarán la claridad de los objetivos a perseguir mediante la movilización de masas cada vez más amplias de la población.

## **El lugar de Lenin en la historia de la teoría marxista**

Quisiéramos concluir con una reflexión final sobre el lugar de Lenin en la historia de la teoría marxista. En las páginas anteriores hemos resumido los principales aportes teóricos hechos por Lenin, de modo que no se trata de repetir esos argumentos una vez más. Conviene, eso sí, insistir en que los desarrollos teóricos que le debemos al leninismo no se quedaron tan sólo encerrados en sus libros. Si hay algo que caracteriza a la obra de Lenin es la inescindible unidad que liga su quehacer teórico con su práctica política. Tal como Gyorg Lukacs lo demostrara en su libro sobre Lenin, el fundador del estado soviético es el “gran teórico de la práctica y el gran práctico de la teoría”. Sus contribuciones teóricas fundamentales sobre el partido revolucionario, el imperialismo y la alianza obrero-campesina fueron, a su vez, efectivas “guías para la acción” en tres coyunturas políticas muy concretas: a comienzos del siglo XX, para combatir al revisionismo; en el período cercano a la primera revolución rusa, en 1905; y, por supuesto, en la crisis revolucionaria general que estalla en febrero de 1917 y que culmina con el triunfo de la insurrección soviética en octubre de ese mismo año. Esta íntima relación entre los imperativos de la acción revolucionaria y la reflexión teórica de largo aliento, realizada en medio del vértigo revolucionario, es la que nos da una de las claves de su permanencia como un clásico del pensamiento no sólo marxista sino del pensamiento político en su sentido más amplio.

Una nota de los *Quaderni del carcere* de Antonio Gramsci nos alerta acerca de las dificultades que acechan en la difícil tentativa de bosquejar la naturaleza de la relación Lenin/Marx. En un pasaje luminoso de su obra, Gramsci sostiene que:

“Hacer un paralelo entre Marx e Ilich para establecer una jerarquía es erróneo y ocioso. Ellos expresan dos fases: ciencia/acción que son a la vez homogéneas y heterogéneas a la vez. Así, históricamente sería absurdo un paralelo entre Cristo y San Pablo: Cristo-Weltanschauung, San Pablo organización, acción, expansión de la Weltanschauung. Ambos son necesarios en la misma medida y por lo tanto son de la misma estatura histórica. El Cristianismo podría llamarse, históricamente, cristianismo-paulinismo y esa sería la expresión más exacta (solo la creencia en la divinidad de Cristo ha impedido esto, pero esta creencia es también ella un elemento histórico y no teórico)” (Gramsci, 1975: 882 [traducción nuestra]).

La propuesta gramsciana, penetrante como de costumbre, abre sin embargo el campo para una innecesaria incertidumbre. Una lectura sesgada de su texto (y hay que

reconocer que la obra de Gramsci, por haber sido escrita en prisión y debiendo burlar la censura carcelaria, se ha prestado para lecturas deformantes) podría servir para abonar una tesis que rebajaría a Lenin a la condición, nada desdeñable por cierto, de un gran organizador revolucionario, un practicante extraordinariamente eficaz pero indiferente ante las exigencias y los desafíos de la teoría. El conjunto de la obra de Gramsci –en particular, sus referencias a Lenin en la elaboración de su teoría de la hegemonía y la estrategia revolucionaria– jamás autorizaría a semejante conclusión, pero hay que reconocer que en el pasaje arriba mencionado hay una ambigüedad nada conducente. En todo caso convendría insistir sobre dos cosas: en primer lugar, sobre la idéntica estatura histórica que Gramsci les asigna a Marx y Lenin, algo completamente inaceptable para muchos marxistas; y segundo, que la idea de un “cristianismo-paulinismo” no debería ser descifrada como expresando la conformidad de Gramsci con el “marxismo-leninismo” que, mientras él se hallaba en prisión, iba tomando cuerpo en la Unión Soviética gracias a la obra de Stalin.

En todo caso, y retornando a la comparación planteada por Gramsci, nos parece importante concluir este estudio introductorio examinando la interpretación que sobre el tema aporta uno de los más importantes teóricos conservadores del siglo XX. Nos referimos a Samuel P. Huntington, quien en una de sus principales obras ofrece un iluminador contraste entre Marx y Lenin (1968: 334-343). Su visión es esclarecedora, sobre todo porque desde su perspectiva de derecha pone de relieve ciertas dimensiones de análisis que suelen pasar desapercibidas para la izquierda. Por supuesto que no se trata de aceptar su peculiar mirada sobre la relación entre Marx y Lenin sino de explorar facetas novedosas pasibles de afinar nuestra comprensión del legado de este último.

Según Huntington, el marxismo es una teoría del cambio social que ha sido refutada por la historia. El leninismo, en cambio, ha demostrado ser una teoría correcta de la acción política. En sus propias palabras:

“El marxismo no puede explicar la conquista del poder por los comunistas en países atrasados como Rusia o China, pero el leninismo sí puede. ... El partido leninista que exige la conquista del poder no es necesariamente dependiente de ninguna combinación especial de fuerzas sociales. Lenin pensó sobre todo en una alianza de intelectuales y obreros; Mao en una coalición de intelectuales y campesinos” (Huntington, 1968: 338).

En la visión de Huntington, la superioridad del leninismo sobre el marxismo es más que evidente. “La clave para Marx es la clase social; la clave para Lenin es el partido político”. De donde llega a una conclusión tan sorprendente como provocativa:

“Lenin no fue el discípulo de Marx; más bien, éste fue el precursor de aquél. Lenin convirtió al marxismo en una teoría política, y en el proceso paró a Marx sobre su cabeza. ... Marx fue políticamente primitivo, y no pudo desarrollar una ciencia política o una teoría política porque no reconocía a la política como un campo autónomo de actividad. ... Lenin, en cambio elevó una institución política, el partido, sobre las clases y las fuerzas sociales” (Huntington, 1968: 336).

¿Hasta dónde llegó Lenin en este proceso? Según nuestro autor, el revolucionario ruso sabía muy bien que la conciencia de clase no brotaría espontáneamente del cerebro de los proletarios: la conciencia revolucionaria es producto de la inteligencia teórica tanto como un movimiento revolucionario es hijo de la organización política. Para Lenin el partido era la institución crucial para que el proletariado conquistara sus fines históricos. Por eso no era sólo idealizado. Según Huntington, el partido en Lenin era divinizado (1968: 339). Y concluye nuestro autor que la preocupación obsesiva de Lenin por la problemática de la organización plantea una verdadera paradoja: mientras la mayoría de la izquierda desdeña los problemas organizativos, Lenin los glorificaba al punto tal que decía que “nuestro método de lucha es la organización”. Ese es su balance. El balance de un refinado intelectual de las clases dominantes. Convendría tomar nota de sus provocadoras conclusiones y promover una nueva mirada, enriquecida por la densidad histórica del siglo XX, en torno a la obra de Lenin, y muy particularmente, del ¿Qué

hacer? Ojalá que esta introducción logre motivar a los lectores para acometer dicha empresa.

Buenos Aires, septiembre de 2004

## Bibliografía

- Anderson, Perry 1979 *Consideraciones sobre el marxismo occidental* (México: Siglo XXI Editores).
- Arizmendi, Rodney 1974 *Lenin, la revolución y América Latina* (México: Grijalbo).
- Beetham, David 1977 *Max Weber y la Teoría Política Moderna* (Madrid: Centro de Estudios Constitucionales).
- Bensaïd, Daniel y Nair, Alan 1969 "A propos de la question de l'organisation: Lénine et Rosa Luxemburg", en *Partisans* (Paris) N° 45 [Reproducido en Lenin, Rosa Luxemburgo, Georg Lukcas 1969 *Teoría Marxista del Partido Político/2* (Problemas de Organización) (Córdoba: Cuadernos de Pasado y Presente) N° 12] [Las referencias remiten a la edición en lengua castellana].
- Bonefeld, Werner y Sergio Tischler (comps.) 2002 *A 100 años del ¿Qué hacer? Leninismo, crítica marxista y la cuestión de la revolución hoy* (Buenos Aires/Puebla: Herramienta y Universidad Autónoma de Puebla).
- Boron, Atilio A. 2003 *Estado, capitalismo y democracia en América Latina* (Buenos Aires: CLACSO) [Nueva edición corregida y aumentada].
- Boron, Atilio A. 2002 "Imperio: dos tesis equivocadas", en *OSAL-Observatorio Social de América Latina* (Buenos Aires: CLACSO) N° 7, junio.
- Boron, Atilio A. 2001 *Imperio & Imperialismo. Una lectura crítica de Michael Hardt y Antonio Negri* (Buenos Aires: CLACSO) Edición en Portugués: *Império & Imperialismo. Uma leitura crítica de Michael Hardt e Antonio Negri* (Buenos Aires: CLACSO).
- Boron, Atilio A. 2000 *Tras el búho de Minerva. Mercado contra democracia en el capitalismo de fin de siglo* (Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica).
- Boron, Atilio A. 1997 *Long-Term Historical - Structural and Conjunctural Authoritarian Legacies in Democratic Transitions: A Reflection on Recent Latin American History*, mimeo. Simposio Internacional Democracia y Autoritarismo en América Latina, Universidad de Columbia.
- Cerroni, Umberto 1976 *Teoría política y socialismo* (México: Era).
- Cerroni, Umberto; Magri, Lucio y Johnstone, Monty 1969 *Teoría Marxista del Partido Político* (Córdoba: Cuadernos de Pasado y Presente) N° 7.
- Colletti, Lucio (comp.) 1978 *El marxismo y el "derrumbe" del capitalismo* (México: Siglo XXI Editores).
- De Giovanni, Biaggio 1981 "Teoría marxista de la política", en *Cuadernos de Pasado y Presente* (México: Siglo XXI).
- Di Tella, Torcuato S. 1963 *La teoría del primer impacto del crecimiento económico* (Paraná: Editorial de la Universidad Nacional del Litoral).
- Engels, Friedrich et Marx, Karl 1973 *Le parti de classe* [Selección, introducción y notas de Roger Dangeville] (Paris: Maspero) Edición en cuatro tomos.
- Gramsci, Antonio (1975) *Quaderni del carcere* (Torino: Einaudi [Edición a cargo de Valentino Gerratana]).
- Grossmann, Henryk 1979 *La ley de la acumulación y del derrumbe del sistema capitalista* (México: Siglo XXI editores).
- Harding, Neil 1977 *Lenin's Political Thought* (Londres: Macmillan) Tomo I. Theory and Practice in the democratic revolution.
- Hardt, Michael y Negri, Antonio 2000 *Empire* (Cambridge Mass: Harvard University Press) [Traducción al español: 2002 *Imperio* (Buenos Aires: Paidós)].
- Holloway, John 2002 *Cambiar el mundo sin tomar el poder* (Buenos Aires: Universidad Autónoma de Puebla/Herramienta).
- Huntington, Samuel P. 1968 *Political Order in Changing Societies* (New Haven: Yale University Press).

- Kolakowski, Leszek 1978 *Main currents of Marxism* (Oxford: Oxford University Press) Tres Tomos.
- Lenin, V. I. s/f “Diario de las Secretarías de Lenin”, en *Cuadernos de Pasado y Presente* (Córdoba).
- Liebman, Marcel 1978 *La conquista del poder. El leninismo bajo Lenin. I* (México: Editorial Grijalbo).
- Luxemburgo, Rosa 1989 (1889) *Reforma o Revolución Social y otros escritos contra los revisionistas* (México: Fontamara Ediciones).
- Martínez Heredia, Fernando 2001 *El corrimiento hacia el rojo* (La Habana: Letras Cubanas).
- Marx, Karl 1982 “En torno a la crítica de la filosofía del derecho de Hegel. Introducción”, en Marx, Carlos y Engels, Federico, *Marx. Escritos de Juventud* (México: Fondo de Cultura Económica).
- Michels, Robert 1962 *Political Parties. A sociological study of oligarchical tendencies of modern democracy* (NY: The Free Press) [Primera edición alemana en 1911].
- Paz, Octavio 1979 *El Ogro Filantrópico* (México: Joaquín Mortiz).
- Sanchez Vázquez, Adolfo 2003 “Marxismo y praxis”, en *A tiempo y destiempo* (México: Fondo de Cultura Económica).
- Sanchez Vázquez, Adolfo 1998 *Filosofía, praxis y socialismo* (Buenos Aires: Tesis Once).
- Schorske, Carl E. 1983 *German Social Democracy, 1905-1917. The development of the great schism* (Cambridge: United States-Harvard University Press).
- Stalin, José 1953 *Historia del Partido Comunista (Bolchevique) de la URSS* (Moscú: Edición Lenguas Extranjeras).
- Stalin, José 1946 *Los fundamentos del Leninismo* (Córdoba: Lautaro).
- Strada, Vittorio (compilador) 1977 *¿Qué hacer? Teoría y práctica del bolchevismo* (México: ERA).
- Sweezy, Paul 1974 *Teoría del desarrollo capitalista* (México: Fondo de Cultura Económica).
- Weber, Marianne 1926 *Lebensbild* (Tubinga).
- Weber, Max 1982 *Escritos Políticos, II* (México: Folios).

## Notas

1 Tal es el caso de la notable resonancia que, en esta parte del mundo, han tenido las teorizaciones de John Holloway (2002) sobre el “anti-poder” y la evaporación metafísica que el tema del “contra-poder” ha sufrido en manos de Michael Hardt y Antonio Negri. (Hardt & Negri, 2002; Boron, 2002).

2 Un examen del impacto negativo del marxismo-leninismo sobre el pensamiento revolucionario cubano, y sobre el vibrante marxismo de ese país, se encuentra en el excelente texto de Martínez Heredia (2001). Consultar especialmente su capítulo sobre “Izquierda y Marxismo en Cuba”.

3 Con todo, convendría no olvidar que, como lo señala Marcel Liebman, hubo un período (1908-1912) en el que Lenin adoptó una actitud sumamente sectaria (1978: 75-6).

4 “Economismo” en la traducción al español del QH.

5 En la traducción en lengua española de la edición, agotada ya hace largos años, del *¿Qué hacer?* compilado y anotado por el marxista italiano Vittorio Strada se dice que “el primer número de *Iskra* “apareció en Lipsia el 11 (24) de diciembre de 1900; los siguientes en Múnaco, desde abril de 1902 en Londres y desde la primavera de 1902 en Ginebra”. Nótese que la extrema movilidad del periódico se correlacionaba perfectamente con la creciente coordinación de las policías secretas europeas y las presiones del gobierno zarista para impedir la publicación de materiales considerados “subversivos” por los gobernantes de turno. Lenin, miembro del Comité de Redacción de la revista, no era para nada ajeno a tales zarandeos. La sorprendente referencia a Múnaco como la ciudad en donde *Iskra* se publica durante un período de poco más de dos años es un simple error de traducción del italiano al español. Sucede que el nombre de la ciudad alemana de Munich es, en italiano, Monaco di Baviera, o simplemente Monaco. El principado bañado por las aguas del Mediterráneo no era, ni lo es hoy, un lugar propicio para editar un periódico revolucionario como *Iskra*.

6 Alexander Millerand era uno de los dirigentes del socialismo francés. La desconfianza de Lenin hacia su persona demostró estar plenamente justificada. Asumió el cargo de Ministro de Guerra en las vísperas de la Primera Guerra Mundial, en 1912, y se mantuvo en dicho cargo, con una ligera interrupción, hasta 1915. Fue Presidente de Francia entre 1920 y 1924.

7 El debate en torno a este tema ha sido profundo y dilatado, y participaron importantes teóricos. Ver una excelente síntesis sobre el tema en Colletti (1978). Consúltense asimismo a Sweezy (1974) y Grossmann (1979), autor tal vez de la obra más importante, escrita en los años '20, sobre el supuesto "derrumbismo" del autor de *El Capital*.

8 Hemos examinado este asunto en nuestro "Friedrich Engels y la teoría marxista de la política", en *Tras el búho de Minerva. Mercado contra democracia en el capitalismo de fin de siglo* (2000).

9 La conferencia, bajo el título de "El Socialismo", fue pronunciada ante unos trescientos altos oficiales del duramente derrotado ejército austriaco en el verano austral de 1918, es decir, una vez triunfante la Revolución Rusa. El texto weberiano incurre en algunos exabruptos que desmerecen su estatura intelectual. El clima político prevaleciente en ese momento, indudablemente poco propicio para la derecha, y la naturaleza de su audiencia, parecen haber potenciado las tendencias más reaccionarias latentes (a veces no tanto) en el pensamiento de Weber.

10 Hemos examinado *in extenso* el tema del reformismo, sus condiciones y potencialidades en *Estado, Capitalismo y Democracia* (2003) y *Tras el Búho de Minerva* (2000).

11 Hemos criticado esta exaltación en la que incurre Paz, por momentos ingenua a la luz de la historia del siglo XX, en Boron (1997).

12 Posterior, también, a los asesinatos de Rosa Luxemburgo y Karl Liebnicht, en enero de 1918 a manos de las guardias blancas del antiguo régimen. No recuerdo que en su larga conferencia Weber haga mención a esta atrocidad.

13 Cf. la "Introducción" de S. M. Lipset a Robert Michels (1962).

14 Lenin aclara: lo anterior no significa que los obreros no puedan participar en esta labor teórica, pero no lo hacen en cuanto obreros sino en calidad de teóricos del socialismo, como en su momento lo hicieran Proudhon y Weitling. Esto supone una capacidad de dominar los conocimientos científicos de su época. Para ello, dice nuestro autor, es necesario que los trabajadores "no se encierren en el marco artificialmente restringido de la *literatura para obreros*, sino que aprendan a asimilar más y más la *literatura general*. Incluso sería más justo decir, en vez de 'no se encierren', 'no sean encerrados' ... por ciertos intelectuales (de ínfima categoría) que creen que 'para los obreros' basta con ... rumiar lo que ya se conoce desde hace mucho tiempo" (QH: 137, subrayado en el original).

15 Conviene recordar que no sería esta la última vez en que Trotsky criticara tan acerbamente a Lenin. Lo siguió haciendo hasta febrero de 1917, en vísperas del estallido de la Revolución Rusa. Pese a su prolongado enfrentamiento teórico y político con Lenin acabaría en los hechos por concederle la razón, solicitando humildemente su ingreso al Partido Bolchevique dirigido por su adversario.

16 Bensaïd y Nair también sugieren que los planteamientos luxemburguianos exhiben preocupantes reminiscencias hegelianas (un proletariado alienado que se realiza en el transcurrir de la historia); confunden el sujeto teórico y el sujeto político, práctico, de la emancipación obrera; y son tributarios de una concepción espontaneísta de la organización que no tiene sustento en la experiencia histórica concreta de las luchas populares (Cf. Bensaïd y Nair, 1969: 31-36).

17 Una discusión sumamente esclarecedora sobre la concepción original de Marx y Engels sobre el partido se encuentra en Cerroni, Magri y Johnstone (1969) y en la recopilación Engels-Marx (1973) sobre el mismo tema. A ellos remitimos a nuestros lectores.

18 Vaticinio que, en rigor, formulara no sólo Trotsky sino también en numerosos escritos el propio Lenin. Véase el "Diario de las Secretarías de Lenin", en *Cuadernos de Pasado y Presente* (Córdoba).



Información disponible en el sitio ARCHIVO CHILE, Web del Centro Estudios “Miguel Enríquez”, CEME:

<http://www.archivo-chile.com>

Si tienes documentación relacionada con este tema u otros del sitio, agradecemos la envíes para publicarla. (Documentos, tesis, testimonios, discursos, fotos, prensa, etc.) Envía a: [archivochileceme@yahoo.com](mailto:archivochileceme@yahoo.com)

**NOTA:** El portal del CEME es un archivo histórico, social y político de Chile. No persigue ningún fin de lucro. La versión electrónica de documentos se provee únicamente con fines de información y preferentemente educativo culturales. Cualquier reproducción destinada a otros fines deberá obtener los permisos que correspondan, porque los documentos incluidos en el portal son de propiedad intelectual de sus autores o editores.